



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Atellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Alvarado, Arizón, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Burell, Buitrago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campomar, Camús, Canalejas, Cañete, Carloto, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Chesto (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Dacarrete, Diaz (José María) Diaz Perez, Durán, Duque de Rivas, Echevarria, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echeagaray, Eguilaz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Ríos, Fermin Toro Flores, Figuerola-Figueroa (Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Rente, Guellbenzu, Guerrero, Incenga, Hartzembusch, Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guijarro, Lorenzana, Liorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Mártes, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olaverria, Olaverria y Huarte, Orgáz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Pompilio Gener, Palacio, Pasas y Lastra, Pascual (D. Agustín) Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poyo, Reinoso, Retes, Revilla, Rios Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros d), Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sauroñá, Selgas, Sevilla Serrano Alcázar, Selles, Tamayo, Trueba, Tubino, Talero, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de), Combarain y España (D. Eugenio), Acosta (D. Juan), Ribot y Fontseré.

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—
Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs.
sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 13 de Mayo de 1885

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administracion y redaccion, Salesas, 2, duplicado.

SUMARIO

Revista política, por Carlos Malagarriga.—*La Unión Hispano-Americana* (continuación), por Ramón de Sanjuán.—*England Rule The Seas*, por Padre Pin Verniere.—*Bibliografía Folklorica*, por Eugenio de Olaverria y Huarte.—*El Movimiento religioso en Europa y América*, por Nicolás Díaz y Pérez.—*La batalla de Clavijo*, por José Alvarez Sierra.—*Documentos inéditos*, por Bernardino Martín Minguéz.—*Baladas Americanas*, por Luis Ricardo Forts.—*La senda de espinas*, por Antonio Guerra y Alarcón.—*Luisita*, (poesía), por R. Ortiz y Beneyto.—*El Archipiélago filipino*, por R. Ortiz y Beneyto.—*La cuerda de cañamo* (continuación), por Francisco Martín Arrúe.—*Revista de Madrid*, por Eugenio de Olaverria y Huarte.—*Anuncios*.

REVISTA POLÍTICA

La victoria de la coalición electoral ha sido un suceso de trascendencia por vez primera, después de largos años de pesimista apartamiento el cuerpo electoral, los electores liberales de Madrid y de treinta capitales de provincia han derrotado á los candidatos ministeriales.

Este suceso ha regocijado á todos los amantes del sistema representativo, incluso á muchos conservadores que no se avienen con la política de provocaciones del Sr. Romero Robledo.

Hablóse á raíz del escrutinio de la crisis que por aquel entonces hubiese sido parcial ó cuando menos parlamentaria, si el orgullo del Sr. Cánovas, que se acrecienta en la adversidad, y la reserva de los Sres. Silvela y del conde de Toreno, base obligada de toda nueva combinación, no hubiese llevado la cuestión á otro terreno: al de una crisis esencialmente política.

Al efecto, los coligados empezaron por romper su pacto; antes se había apresurado el general Martínez Campos; pero al día siguiente los mismos directores de la coalición, en pública fórmula, declararonla rota, reservando, sin embargo, para las contingencias de lo porvenir las inteligencias y el acuerdo que deben necesariamente reinar entre los coligados.

Después de esto los liberales procuraron no entorpecer la discusión de los presupuestos, que con demasiada rapidez aprobó el Congreso, y finalmente, mientras las visitas de los señores Castelar y Pi al Casino de los amigos del Sr. Zorrilla hacen dar un gran paso á la unión republicana, tratan los monárquicos de la izquierda y de la fusión las bases para una decisiva unión, después de la cual sobrarán los motivos y las razones para que el partido conservador sea despedido del poder.

Han comenzado en Londres las negociaciones para la demarcación de la frontera afghana. En la primera reunión celebrada con dicho objeto en el Foreign-Office, el ministro de Negocios extranjeros y el embajador de Rusia han acordado que el Sr. Leizar, por Rusia, y Mr. Felipe Currie, por Inglaterra, seguirán las negociaciones, preparando los detalles del proyecto relativo á la nueva frontera, sobre las excelentes cartas geográficas hechas recientemente por el mayor Holdich, las cuales permiten fijar de una manera exacta la parte de la frontera que existe entre los dos ríos de Heri Ronh y Mourghab.

Para hacer esto mismo con respecto á la parte oriental que se halla más allá de Mourghab, faltarán mapas detallados; pero como hasta el presente no existe divergencia alguna sobre esa parte de la línea, es probable que no sobrevenga ninguna dificultad.

Deben llegar á la capital inglesa de un momento á otro nuevos mapas ingleses y rusos que facilitarán el trabajo.

El hecho de haber sido llamado el general Lumsden sigue siendo objeto de vivísima discusión por parte de la prensa inglesa.

Algunos periódicos han llevado su espíritu de oposición hasta el punto de que Rusia ha pedido que fuese llamado dicho general; nada más falso que esto.

El gobierno inglés anunció al gobierno ruso que llamaría á sir Lumsden, fundándose en que el trazado de la frontera estaba completamente preparado, y por lo tanto sería más necesaria en Londres su presencia que en el Afghanistan, y que las comisiones técnicas tenían que representar únicamente un papel secundario, y por lo tanto, no necesitaban tener á su frente un oficial general. Debido á la misma circunstancia, el general Zelenoy será relevado del mando de la comisión rusa.

El Congreso revolucionario de obreros se ocupa actualmente en París de la discusión de su programa político.

El domingo último se discutieron las siguientes disposiciones:

I.—Parte política.

Artículo 1.º Supresión del Senado y de la presidencia de la República. Responsabilidad efectiva de los ministros, sustituyendo la responsabilidad parlamentaria por la sanción personal. Legislación directa del pueblo; es decir, sanción é iniciativa popular en materia legislativa. Reconocimiento por la ley del mandato imperativo y su asimilación al mandato civil.

Art. 2.º Supresión total del presupuesto de cultos y devolución al Estado de los bienes llamados manos muertas, muebles é inmuebles pertenecientes á las corporaciones religiosas (decreto de la Commne del 2 de Abril de 1871),

comprendiendo todos los industriales y comerciales de estas corporaciones.

Art. 3.º Supresión de la magistratura, reemplazándola por el Jurado electivo y consejos de arbitraje. Justicia gratuita y revisión en sentido igualitario de los artículos del Código que establecen la inferioridad política ó civil de los trabajadores, de las mujeres y de los hijos naturales.

Art. 4.º Supresión de los ejércitos permanentes. Armamento general del pueblo. Organización de milicias nacionales por regiones.

Art. 5.º Supresión de todas las leyes restrictivas referentes á prensa, reuniones, asociaciones y especialmente de la ley contra la Internacional.

Art. 6.º Amnistía general en favor de todos los condenados por delitos políticos y sucesos á ellos anexos.

Art. 7.º Completa independencia y autoridad de los Municipios en su administración, presupuesto, policía, fuerza militar y servicios públicos.

Art. 8.º Libertad completa de coalición entre las Municipalidades.

II.—Parte económica.

Art. 9.º Instrucción obligatoria de los niños á cargo de la sociedad, representada por el Municipio ó el Estado.

Art. 10. Descanso obligatorio de un día por semana, con prohibición absoluta á contratistas y destajistas de hacer trabajar á los obreros á sus órdenes más de seis días cada siete.

Art. 11. Nombramiento de comisiones elegidas por los obreros para exigir en los talleres las necesarias condiciones de seguridad, dignidad é higiene.

Art. 12. Responsabilidad de los patronos en materia de accidentes desgraciados, exigible por indemnizaciones con arreglo á los artículos 1.382 y 83 del Código civil y penable con arreglo á los artículos 319 y 320 del Código penal.

Art. 13. A igualdad de trabajo, igualdad de salario por los trabajos de ambos sexos.

Art. 14. Prohibición á los capataces ó jefes de talleres de admitir obreros extranjeros en condiciones distintas á los franceses.

Art. 15. Prohibición absoluta del trabajo en las cárceles y establecimientos penales á precios inferiores á los establecidos en las tarifas hechas por los sindicatos obreros y asociaciones obreras cooperativas. Supresión absoluta de todo trabajo en conventos y establecimientos religiosos.

Por el anterior programa, se ve que el partido obrero se va haciendo más práctico.

CARLOS MALAGARRIGA.

LA UNION HISPANO-AMERICANA

CONTINUACION DEL CAPITULO II

Geografía topográfica é historia de Méjico.

Una vez en presencia del Senado, los embajadores de Cortés hicieron las ceremonias correspondientes á el acto, y tomando asiento sobre sus propios piés, manifestaron su embajada, diciendo que, sus caciques y aliados de la república de Tlascala, pedían permiso para que pasasen por sus terrenos los extranjeros que llevaban el rumbo hacia Méjico, y que siendo muy dados á la justicia y á la libertad, rogaban que les dijese qué tiranías les había hecho Motezuma para tomar por su cuenta las afrentas hechas, puesto que ellos, vasallos de un rey poderoso, y creyentes de una religión benigna, trataban de establecer el derecho del individuo donde sólo reinaba la tiranía.

Retiráronse luego, y el Senado empezó á discutirlo que habían de hacer; el más anciano y respetado tomó la palabra, favorable á los deseos de Cortés, guiado su discurso por los consejos de la experiencia, era su voluntad la paz.

Mas después habló Xicotencal, capitán general de los ejércitos de la República, cuyo carácter joven era dado á las inclinaciones de su carrera; habló en sentido hostil á los españoles, asegurando en su locución la victoria de los tlascaltecas, fiando en demasía en el valor de sus tropas; estas palabras, llenas de fuego pa-

trio, hijas del temor á perder la independencia, hizo arder el amor á Tlascala en los corazones helados de los ancianos senadores; pero como en cuestiones de patriotismo nunca se extingue el fuego de la juventud, aunque modificado por el tiempo y la experiencia; todos prefirieron la guerra á la paz; sólo un anciano callaba: era Magiscatrin el que antes habló en favor de la paz, su voz de hombre se apagó ante la voz de la patria, pero su corazón de patriota sufría, puesto que preveía el desenlace, acordaron prender disimuladamente á los embajadores, y que Xicotencal saliese á combatir á los que esperaban la respuesta de los senadores tlascaltecas.

Cansados ya los españoles de esperar á sus enviados, pues habían sido presos, se dirigieron á Tlascala; en el camino de ésta se levantaba una muralla de piedra al estilo de nuestras fortificaciones, que impedían el paso por el valle; á los lados, dos montañas orgullosas elevaban sus cumbres hacia las nubes; una vez salvada esta fortificación, halláronse con la avanzada de los tlascaltecas, que á la vista de los caballos se unieron al grueso del ejército que estaba emboscado; éste se componía de 5.000 hombres que se defendían y más cuidaban del enemigo que de sí propios; pero pronto las bocas de fuego arrojaron la muerte, el estampido estrepitoso del cañón, nunca oídos en aquellos lugares, y la inmensa nube de humo que formando mil figuras iban á perderse en el anchuroso espacio, atemorizó á los tlascaltecas, que en desordenada fuga dejaron el campo por los españoles; descansaron, pues ya la noche se venía encima, en unos caseríos que por allí existían; á la mañana siguiente continuaron la marcha ordenada y descubrieron un ejército poco más numeroso que el día anterior; sin esperar éstos á nuestros soldados, iban retirándose, arrojando flechas y piedras, las cuales caían sin fuerza ya á los piés de Cortés y su gente; pero aquella retirada tenía por objeto el que nuestras tropas fueran acercándose á un ejército que no alcanzaban á ver el enemigo; comprendiéndolo así Cortés, subieron á un monte, desde donde descubrieron una masa compacta de hombres con multitud de colores, á causa de las plumas de que iban adornados; al frente de este ejército, que no bajaría de 40.000 hombres, venía Xicotencal con nobles de la república de Tlascala; allí, á más de las tropas de la república, había de otras naciones, que se distinguían por la diversidad del color de la pluma, mandadas por sus propios caciques ó por sus mejores generales.

Fué bajando el ejército español á la llanura para que pudiera mejor hacer su oficio la caballería y fijar bien la artillería.

Xicotencal iba retirándose poco á poco, nuestros conquistadores avanzando, inocentes de la estratagema de los tlascaltecas; apenas Xicotencal comprendió que no les resguardaba la eminencia, dió el orden de que desplegasen dos alas de su ejército; en efecto, nuestros valientes no tuvieron tiempo para más que para dar frente á los cuatro costados, pues por todos eran atacados, estratagema digna de un general europeo, pero increíble en un indio.

Xicotencal se había dedicado á las armas y poseía uno de esos talentos guerreros que colocan á gran altura á las naciones á que pertenecen; aquel hombre comprendió que nuestros soldados, aunque en corto número, tenían la ventaja de armas extraordinarias, y aunque las admiraba no creía que fueran cosas del cielo; él tenía á los españoles como hombres superior á ellos, no en inmortalidad ni divinidad, sino como agueridos, soldados é hijos de un pueblo más culto que el suyo. Una vez rodeados por todas partes, cayeron sobre ellos una verdadera lluvia de flechas y piedras mientras que los nuestros sembraban la muerte con las bocas de fuego, los gritos horribles que lanzaba la masa enemiga, el cañón con su voz atronadora, el arcabuz y la polvareda hacían de aquel campamento un cuadro aterrador, al mismo tiempo que imponente, no haciendo daño en nuestros expedicionarios las armas arrojadas del ejército tlascalteca, echaron éstos mano á sus espadas, y aquella masa descomunal de hombres que ya más que valientes les guiaba la barbárie, se precipitaron como las aguas desbordadas se precipitan sobre los campos; pero cuando llegaron á una distancia corta, Cortés, con sus caballos, salió á recibirlos impidiendo que llegasen al cuadro formado por los súbditos de Carlos V; las pérdidas que tenían y el terror que les producía la caballería les obligó á retroceder; entónces Cortés los atacó dispersándolos completamente; pues tal era su confusión, que se herían unos á otros.

Concluyó la batalla, y nuestros valientes campeones se miraban como asombrados de haber podido librar de aquel encuentro, mientras que el ejército de Xicotencal, á manera de ovejas, desaparecían de la vista, subiendo y bajando colinas, no menos asombrados del valor y el poder de unos pocos hombres, llevando por junto la cabeza de una yegua.

El día después de la batalla mejoraron los españoles las fortificaciones que habían hecho, pusieron centinelas y enviaron á Xicotencal un mensaje con unos prisioneros, proponiéndoles la paz, á las pocas horas volvieron éstos llenos de sangre á causa del castigo que les habían hecho sufrir, diciendo que el general de la República no accedía á la paz y que en breve se volverían á

ver; preparóse para la campaña y bien pronto las avanzadas de Cortés volvieron á dar aviso que un ejército poderoso marchaba hacia el cuartel.

Xicotencal quería prender á los nuestros, llevarlos á las aras de sus dioses y sacrificarlos; para esto había recogido el mayor número de hombres posibles, auxiliado por caciques comarcanos, pues hubo quien llevó á la República diez mil combatientes, formando un total de cincuenta mil indios, llevados por generales ilustres en sus nacionalidades, y al entrar en campaña dejaban de ser hombres para convertirse en fieras: tal era el ejército que Tlascala ponía en frente de los españoles. Al aviso de las avanzadas subió Cortés á una altura para ver al enemigo, y quedó asombrado de la potente masa de indios; cubría una extensa superficie y se perdía en el horizonte, asemejándose á un campo sembrado de plumas de color, las cuales eran mecidas por los aires, pues tan sólo veíase ya los penachos que llevaban en la cabeza, y como bandera una águila de oro, insignia de Tlascala; querían presentar al león el águila, sin saber que aquél había ya cortado muchas alas de éstas; cuando estuvieron á tiro de cañón rompió el fuego la artillería; pero los indios, llenos de ira, se acercaron hasta desde donde pudieran llegar sus descargas; pero viendo que no hacían daño al enemigo, se arrojaron contra los españoles, que descompusieron, viéndose obligados á pelear uno contra veinte, pero al fin la disciplina y táctica militar hizo que volviesen á su retiro; mientras esto sucedía con los españoles, un accidente, verdaderamente milagroso, vino á poner fin á esta campaña, en la que no hubieran salido bien parados los españoles: Xicotencal, llevado por la soberbia, calificó de cobarde á un cacique, que tenía bajo sus órdenes diez mil guerreros; los caciques amigos de éste tomaron la ofensa por suya, y de aquí la completa dispersión del ejército enemigo.

Xicotencal huyó; pero huyó más soberbio que nunca, dispuesto á volver contra los enemigos de su patria, según él decía, mientras que nuestros soldados, tristes cual si hubieran perdido, volvían al cuartel; los tlascaltecas dejaron gran número de cadáveres en el campo; de los nuestros sólo murió uno y heridos leves veinte.

En Tlascala no causó la segunda menos impresión que la primera; el pueblo quería la paz, y los magnates no querían ayudar á la guerra, considerando á los españoles como hombres superiores, casi dioses; en vista de esto reunió el Senado para deliberar, y se acordó el llamar á sus magos para que les expusieran el medio de triunfar sobre aquellos extranjeros que creían inmortales; los magos manifestaron que durante el día no podían vencerlos, puesto que eran hijos del sol, y mientras éste brillase en el espacio, serían inmortales, pues su padre les prestaba ayuda, que era necesario el atacarlos por la noche cuando el astro del día hubiese desaparecido por el Occidente.

El Senado comunicó á Xicotencal la profecía de sus magos, dándole orden para que atacasen en su mismo cuartel á los españoles por la noche, teniendo cuidado que fuesen vencidos antes que su padre asomase por el Oriente.

Mientras tanto, Cortés disponía los centinelas y avanzadas, recorría los puntos cercanos donde obtenía bastimentos para su gente y voluntades para su causa.

Estas precauciones militares, llevadas para mantener la disciplina entre su gente, sirvió de mucho, puesto que una noche las avanzadas vieron venir sobre ellas un ejército con silencio sepulcral, cuidando hasta de no hacer ruido con los piés. Xicotencal creía ya en la total derrota de los enemigos, pues según los agoreros, los encontraría sin fuerza alguna para la pelea; pero apesar de todo, llevaba un ejército de diez mil hombres; dado aviso á Cortés, dejó llegar al enemigo, y cuando se dispuso asaltar el cuartel, cayeron sobre ellos, muriendo muchos de ellos; pero dada otra vez la orden, volvieron á atacar el recinto, siendo recibidos con grandes pérdidas para los tlascaltecas, hasta que convencido Xicotencal que las mismas fuerzas tenían de noche que de día nuestros soldados, tocó á retirada, saliendo entónces Cortés con los suyos, dispersándolos por completo, dejando con este escarmiento más respeto al español y menos creencia en sus magos.

RAMÓN DE SANJUÁN.

(Continuará.)

ENGLAND RULE THE SEAS

I

La vida, en todas sus manifestaciones, inferiores ó superiores, vegetales, animales ó sociológicas, se nos presenta sometida á periodismos tan semejantes, que son muchos los pensadores que antiguamente, y aun hoy día, han llegado á creer que los seres colectivos, tales como pueblos, familias, ciudades y naciones, son seres orgánicos, tan reales en su ori-

gen, evolución, en su crecimiento, su decadencia y muerte, como los organismos individuales que constituyen el campo de la biología.

Los astros nacen de una nebulosa ó concentración de materia; los individuos todos, vegetales y animales, de una célula generatriz, las ideas mismas, las teorías, las ciencias, los sistemas que crea el humano espíritu, nacen en un elemento cerebral. Los pueblos, las naciones, todos estos fenómenos tan diferenciados, tienen una cosa común: *la vida*. De allí que en todos ellos encontremos la periodicidad que caracteriza toda vida. Períodos de gestación, de incubación, de nacimiento, de desarrollo, de decadencia y de muerte. La historia nos enseña desde sus principios en el Egipto, en la Bactriana, en los Asyrios y en las tribus ó patriarcados anteriores á esas civilizaciones, el mismo espectáculo. Primero, una familia, una tribu, como gérmenes de futuras naciones; luego, como resultado de largas y variadas evoluciones, algunos de éstos, muchos gérmenes mejor dotados para la lucha por la vida; crecen á costa de otros que desaparecen, y constituyen lenguas, religiones, civilizaciones, que dominan extensos territorios; llegan, andando los siglos, á la cúspide de su evolución, y luego, en cuanto han alcanzado el máximo del poderío que sus condiciones internas, morales y materiales, y las externas geográficas, climatológicas, históricas, etc., permiten, decaen hasta desaparecer completamente, ó cuando menos, caer en largos períodos de impotencia.

El imperio de la Inglaterra parece en este actual momento haber llegado á la cúspide de su pujanza y empezado ya el triste camino de su decadencia. Pocos, muy pocos años hace, que su soberana se proclamó emperatriz de un dominio en el cual nunca se pone el sol, y ya en Africa, en América, en el Asia y en la Oceanía, vibraciones siniestras conmueven las diversas porciones que constituyen ese imperio. ¿Quién al contemplar esos tan varios y graves síntomas no se acuerda de los imperios antiguos, egipcios, persas, syrios, indios, griegos, romanos, godos, francos, españoles y franceses? ¿Quién dejará de recordar que en otros ellos la decadencia siguió de cerca á su apogeo? El siglo de Pericles en Grecia, el de Cyro en Persia, el de Semíramis en Babilonia, el de Augusto en Roma, el de los Reyes Católicos en España, todos, todos estos momentos de mayor dominación fueron al mismo tiempo los instantes en que se inició para esos pueblos dominadores la decadencia.

No es hoy nuestro objeto extendernos en las consideraciones históricas, que justificarían esta constante ley sociológica. Nos limitaremos á la que á Inglaterra atañe.

II

¿A qué cúmulo de causas debió Inglaterra la prepotencia que ha alcanzado? ¿A qué causas debe el verse hoy tan amenazada en su imperio?

Creemos que, para poder contestar á la última pregunta, es indispensable satisfacer la primera. Vamos, por lo tanto, á dedicarnos á un compendioso estudio de su moderno desarrollo, de las circunstancias que hicieron que éste llegara á lo que es hoy.

Estas circunstancias favorables son numerosas y de clase é importancia muy varias, y por esto mismo deberemos limitarnos á las más visibles. Las clasificaremos así:

A: Situación geográfica y sus consecuencias. B: Riqueza mineral. C: Políticas é históricas.

A. Desde el momento en que las dos islas hermanas alcanzaron su unidad política, sus condiciones geográficas, poniéndolas al abrigo de los más graves perjuicios que para las demás naciones europeas resultaban periódicamente de las invasiones internacionales. Desde antes del reinado de Enrique VIII, y sobre todo desde entonces, el ancho brazo de mar

que las constituyen en dos inmensas é inexpugnables fortalezas, siempre abastecidas de víveres, agua y demás necesidades vitales y guerreras, no conocieron los estragos de la invasión. En este seguro abrigo pudieron desarrollarse con absoluta seguridad su agricultura, su industria y su comercio. El inmenso desarrollo de costas, el gran número de puertos y bahías, propios de un país aislado y muy accidentado, su colocación á poca distancia de las costas de la Europa Central, sus mares interiores y exteriores, que son el camino que han de seguir todos los productos que van ó vienen de toda la Europa Central y boreal; ese mar del Norte que baña sus costas orientales, y donde desembocan tantas y tan grandes vías fluviales; desde la Neva, Vistula y demás ríos de Alemania, que alimentan y forman ese río colosal llamado Báltico, hasta el mismo canal de la Mancha, donde desembocan además los enormes ríos Rhin, Mosa, Escalda, Elba y más abajo los grandes ríos de la Francia; su situación de vanguardia de la Europa hacia América. Todas esas ventajas geográficas la destinaban á la supremacía marítima é industrial.

El número de su población marítima debía por ese gran desarrollo de costas ser muy superior al de cualquiera otra nación, y, por tanto, esa otra condición de prosperidad comercial y de supremacía marítima que debía hacerla la señora de los mares. Y así la hemos visto desde el siglo XIV irse progresivamente enseñoreando de los mares y de la mayor parte de los demás continentes, fundando en ellos vastas colonias que han sido para ella veneros de poder y de riqueza incalculables.

B. Al mismo tiempo que las consecuencias de su posición iban fortaleciendo cada día más aquella nación, empezaba el desarrollo industrial y científico, fruto de ese aislamiento. El descubrimiento y utilización de su sin par riqueza hullera, el de la máquina de vapor, de los barcos de vapor, de los ferrocarriles, las grandes manufacturas, debían efectuarse en ese país donde la hulla, pan de la industria, vehículo de los transportes, se halla en mayor abundancia. Las ciencias y las artes debían desarrollarse allí antes que en los demás pueblos, porque allí la guerra hacía menos estragos, porque allí disfrutábase de una seguridad y una paz internas mayores.

Esos dos factores bastarían por sí solos á explicar la pujanza inglesa. Veamos ahora si nos es posible hallar otros elementos no menos eficaces de la misma.

C. En esas islas, al contrario de las demás poblaciones europeas, no pudo el despotismo y la centralización arrancar á sus pueblos sus libertades locales, sus privilegios de clases, de poblaciones, y sustituir su asfixiante atmósfera á la vivificante acción de las libertades y autonomías locales. Desde que los barones, unidos á las comunas, arrancaron á Juan sin Tierra la carta Magna, Inglaterra ha sido la nación más libre de Europa. Allí se constituyó desde entonces una omnipotente aristocracia, que gobernó el país y lo ha gobernado hasta hoy. Esa aristocracia, si bien en lo interior ha podido, y ha sido en realidad muchas veces un obstáculo al desarrollo normal del pueblo inglés, ha dado, en cambio, al país una firmeza, una constancia de miras en sus relaciones exteriores, una insaciable ambición de dominio, una fuerte tradición de conquistas y extensión, que además de las dos anteriores condiciones, han contribuido en gran manera al logro, extensión y robustez de ese imperio. Las grandes aristocracias se han manifestado siempre en la historia como eminentemente propicias al desarrollo del poderío nacional. Y esto se comprende bien. Esa dominación nacional es, ante todo, suya; para ella son los empleos, las rentas que pagan y los privilegios que sufre la nación. Para ellas son las riquezas, las tierras, el botín de las conquistas. Sus hijos se educan desde su infancia para su futuro oficio de gobernantes, de guerreros, de diplomáticos y de rectores y explotadores de su religión. ¿Cómo no han de ser especialmente superiores en estas artes, si se han desarro-

llado sus inteligencias hacia ese único fin? ¿Cómo esa forma de gobierno, prolongándose siempre, lo mismo durante siglos y robusteciéndose por medio de una larga selección de las mayores inteligencias que aparecen en la nación, no ha de dar por resultado un gobierno especialmente apto para dirigir con éxito á su nación en la lucha por la vida que rige los destinos nacionales? Cuando se hace uno cargo de los muchos siglos de dominación de la inglesa aristocracia, se comprende cuán grande factor ha sido, en la pujanza británica, su gobierno aristocrático tan prolongado.

Así, pues, hallamos como resultado de este examen, que las grandes causas de la grandeza británica son tres, á saber:

A. Su situación geográfica. B. Su situación geológica. C. La larga duración en ella del gobierno de una robusta aristocracia.

Quizás podíamos añadir una cuarta causa. La naturaleza de los elementos étnicos, que fundiéndose, han llegado á constituir la raza Anglo-Sajona, raza muy compleja, poseedora, no hay duda, de condiciones de carácter, temperamento y desarrollo intelectual notables.

Esos elementos étnicos, estos numerosos factores pertenecen todos á las razas más privilegiadas del globo. El fondo primitivo de la población británica fué esa gran raza Gallo-céltica, que venida del Asia, poblara antes del imperio Romano á la Europa occidental. Más tarde, desde César, durante cinco ó seis siglos, recibió infusiones considerables de sangre romana. Desde entonces y mucho antes, las fuertes razas escandinavas, y las no menos valiosas y germánicas, contribuyeron no poco al ennoblecimiento del tipo británico. Y á esa infusión de la sangre de los más elevados tipos de la raza Arya puso el sello propio al inglés moderno, con la conquista de Guillermo, el llamado Normando, que en realidad él y sus compañeros eran la flor y nata de una raza, en cuya formación entraban en proporciones indeterminables, pero considerables, toda esa robusta, audaz é irresistible raza de piratas, los Escandinavos llamados Normandos, y la nobleza franco-gállica. Después de esa última inoculación de sangre privilegiada, fué agravada y continuada con las inmigraciones pacíficas, que durante los nueve últimos siglos han fluído hacia Inglaterra, atraídas por el comercio, de artesanos flamencos, marinos holandeses, venecianos, comerciantes y guerreros, alemanes, escandinavos y vascones de la Guyana. El número y la localidad de todos esos elementos étnicos, cuya fusión ha venido durante los veinte ó treinta últimos siglos, no podían menos de constituir la raza actual británica, uno de los más privilegiados tipos étnicos que pueblan nuestro actual globo. Creemos, por lo tanto, que será exageración el admitir este hecho histórico como el cuarto factor importante en la producción del imperio británico.

III

DECADENCIA

No en vano fluye el tiempo. Al correr éste, al caer los días, los años y los siglos en la inmensidad de lo pasado, llevan en la vida de la humanidad elementos nuevos que, acumulando lentamente sus transformaciones insensibles, concluyen por transformar todas las condiciones vitales del mundo. Razas, países, naciones, aparecen en la historia; todo se transforma; naciones no conocidas antes, se constituyen. Unas se desarrollan, otras decaen. El progreso de las ciencias, el de las artes, llegan hasta á modificarlo todo. A medida que nacían y progresaban las ciencias, nacían y progresaban también las artes, y el hombre iba progresivamente venciendo á la naturaleza y modificándola á su antojo. En el último siglo, ó más bien desde el siglo XVI, con Galileo y Newton, Copérnico, Keplez y otros grandes hombres, descubren las grandes leyes astronómicas, químicas, físicas, biológicas y geológicas que determinan las varias esferas fenomenales del universo.

Constituidos ya á fines del siglo XVIII esos fundamentos del humano poder, le vemos en el actual sacar las asombrosas consecuencias que presenciamos, consecuencias que, según los cambios ya obtenidos rápidamente, revolucionando por completo las condiciones de todas las esferas de vida para el individuo como para colectividades. Ya vemos hoy al hombre sacando de esa tierra negra, llamada hulla, y de la electricidad descubierta hace tres siglos por Volta, fuerzas ilimitadas que ponen á la disposición de cada hombre un número de esclavos que trabajan por él. En la sola Inglaterra vemos en acción constante centenares de millones de esos esclavos, cuya musculatura es de hierro, para una población de 36 millones de hombres. Así va progresivamente el hombre pasando del papel de obrero al de señor; de máquina al de director, puramente intelectual. ¿Qué revolución es esta tan grandiosa que vemos efectuarse? ¿Quién será capaz de preveer las consecuencias económicas, políticas, sociales, filosóficas y morales de esta transformación? ¿Cómo? ¿El hombre se emancipa de la necesidad del trabajo material, que, según las religiones, Dios le impusiera como castigo de un pecado suyo; multiplica á su antojo la riqueza disponible, los productos, los alimentos, los consumos que han de satisfacer sus apetitos, prolonga su vida media, conquista largos períodos antes desconocidos de paz y de tranquilidad, ensancha de cada día sus potencias intelectuales y morales por medio del vapor, de la electricidad, de la luz y del sonido, suprime la distancia, el tiempo, el espacio mismo; su palabra, su voluntad, sus órdenes se transmiten instantáneamente á cualquier punto de su globo; el proletario viste, habita, come mejor que los emperadores antiguos y existen á más hombres bastantes cegados por la rutina, que pretenden que los sistemas que regían las relaciones sociales, morales, políticas y religiosas de la antigüedad, sigan regulando aún esa humanidad tan completamente diferente?

Pero abandonemos esas consideraciones generales para limitarnos á las transformaciones que en esa constante evolución han venido modificando las condiciones que antes constituyeron la supremacía británica.

Hemos visto que la primera de ellas era su aislamiento; el foso marítimo que la circunde, la superioridad numérica de sus marinos. Pues bien; esos dos elementos de su dominio van rápidamente desapareciendo. Con el vapor, el espacio que separa Calais de Donores, se ha reducido al diezmo de lo que fué, y mañana, con la navegación aérea que amanece, será anulado por entero la montaña más alta, más salvaje y abrupta, más internada en las tierras, será tan puerto de mar como los actuales. ¿Qué será entonces de todo ese poderío, de todas esas riquezas que Londres, Liverpool, Glasgow, Nueva-York, Marsella, Hamburgo, Constantinopla y Calcuta ostentan?

Además, la sustitución general del vapor á la vela reemplaza al marino, mecánico. Por tanto, no será razón de superioridad la superioridad numérica de marinos. Tampoco lo será el mayor número, ni la prepotencia de colosales navíos acorazados, armados de colosales cañones, puesto que los últimos experimentos prueban que basta una noche para que unos cuantos torpedos que tripulan nueve hombres y no cuestan más que cuarenta mil duros para hacer saltar la flota más numerosa y más formidable. Desde hoy puede decirse: Concluyó para siempre toda dominación marítima.

Concluida la supremacía que debió á su situación la Inglaterra, le quedará la superioridad que le proporciona su riqueza hullera. Su imperio colonial le quedará también, y, por tanto, conservará su supremacía financiera y comercial. Eso se nos dirá, y contestaremos: os equivocáis. Las demás naciones han venido descubriendo también minas de hulla, y en algunos puntos, como en la América del Norte, en el Africa Meridional, en la China y otros puntos, cuencas carboníferas, mucho más extensas y ricas que las de la Gran Bre-

taña. Muchas naciones compiten ya con la hulla inglesa, en la alimentación de los mercados del mundo. Este segundo factor va dentro de poco á faltar á la orgullosa Albión. Y eso que las fuerzas nuevas que vemos nacer y desarrollarse cada día como el transporte gratuito á distancia de las fuerzas naturales por la electricidad, tales como la de los saltos de agua, mareas, vientos, calor solar, la misma electricidad, cada uno de los cuales, basta por sí sola para emancipar á todos los hombres de la tierra.

Hace apenas un siglo que los enciclopedistas, con Voltaire á su cabeza, acometieron, en el terreno de la filosofía, religión, instituciones políticas y sociales, la lucha de la razón humana con la fatalidad histórica. Hace apenas un siglo que nacieron las ciencias especiales, y no hace un siglo que el filósofo de Königsberg, el Newton de la filosofía, el fundador de la filosofía elitista, escribió sus inmortales críticas de la *razón pura* y de la *razón práctica*, futuros evangelios de un mundo nuevo. No hace aún el siglo, desde que, pasando de la teoría á la práctica, los titanes convencionales abrieron en las antiguas instituciones humanas la brecha por la cual, con el rayo y el trueno, y á costa de torrentes de sangre, prepararon el advenimiento de una nueva era, que será más fecunda que la que abrió el gran Galileo, el divino Jesús.

Esto sucedió ayer, y ya vemos hasta en esa tradicional Inglaterra derrumbarse las instituciones y los síntomas precursores de la decadencia de su poder exterior aparecer.

En el Canadá ruge la insurrección de las razas franco-irlandesas y mestizas. En el Cabo se constituyen Repúblicas independientes de boers que pronto, arrastrando hasta los mismos elementos ingleses, le quitarán aquella vasta colonia. En la India, factor principal de su riqueza, poderío y comercio, la explotación despiadada, y la insultante altanería é intransigencia social del orgullo inglés, siembran en esos doscientos cincuenta millones de parias la pobreza, la miseria y el odio, que algún día, quizás no lejano, la llevarán á su emancipación. Los nacieros imperios de la Australia y Nueva Zelanda serán mañana independientes.

Por otra parte, cuando la orgullosa Albión, tan celosa de la supremacía colonial y marítima del mundo, permitiera que Francia osara contra su voluntad, crearse imperios coloniales en la península ultragangética, en Madagascar al norte del Congo, en el Senegal y en Berbería. Que Alemania le obligara á cederle la costa de Angra pequeña, en desprecio de su bandera y como límite de sus posesiones austro-africanas. ¿Cuándo hubiese ella permitido el rápido y amenazador desarrollo de esa nueva potencia marítima? ¿Cuándo hubiese tolerado ese nuevo Estado internacional, tan vasto como Europa, que en el Congreso de Berlín acaba de coadyudar á instituir, desde la embocadura del Congo hasta la del Zaubeze? El triste descalabro que sufre actualmente en el Sudán y la guerra más ó menos próxima con Rusia, son otros tantos síntomas de esa decadencia.

Y esta decadencia externa es el resultado de la revolución interna que acaba de coronar la reforma última del sufragio, hoy ya universal, que las consunns han impuesto el año último á la Cámara de Loes; revolución pacífica, sí, pero no por eso menos radical. Ya los novadores piden la destrucción de todo privilegio, la de los mayorazgos, base del poder y riqueza de esa aristocracia, la admisión y supremacía de la democracia en todos los empleos. Ejército, marina, administración, diplomacia, expropiación y desamortización de la propiedad aristocrática y de la alta iglesia, todo eso se vendrá abajo, así como la emancipación de la Irlanda.

Llegamos al fin, y creemos dejar justificada nuestra meditada opinión, de que desde hoy en adelante desaparece la altanera divina inglesa con que encabezamos este artículo de que *Albion regula los mares*.

Palma 8 de Mayo 1885.

PADRE PÍN VERNIERE.

BIBLIOGRAFÍA FOLKLÓRICA (1)

CANSONS Y FOLLIES POPULARS, recullides al peu de Montserrat, per Pau Bertrán y Brós.—Un lindo volumen lujosamente impreso, de XXII.—326 páginas.

Pocas ciencias, entre las que actualmente se dividen la atención de los hombres cultos, podrán presentar mayor movimiento que esa otra ciencia niña, nacida ayer, y que conocemos con el nombre de Folklore. Alemania, Francia, Inglaterra, Italia, Portugal, Rusia, parecen dominadas por la fiebre de dar á conocer los tesoros que en sus pueblos guarda avara la tradición, y libros, memorias, artículos, monografías, se suceden unas á otras con pasmosa rapidez, como si todos los que se ocupan en la improbable tarea de la recolección de materiales tuvieran prisa por hacinarlos para oponerlos como argumento incontestable á la apatía de los indiferentes y al desdén con que miran esta clase de estudios algunos hombres superficiales. España misma, tan refractaria á las disquisiciones sabias y profundas, da ejemplo desusado de actividad, y conociendo sin duda el interés con que se esperan los riquísimos datos que puede aportar á los vastos problemas del Folklore, no se da punto de reposo. En poco tiempo, menos de cuatro años, ha publicado tres revistas, *El Folklore Andaluz*, *El Folklore Bético-Extremeño* y el *Boletín Folklórico-Español*; sostiene una *Biblioteca de las Tradiciones Españolas* que alcanza ya su séptimo volumen, y ofrece organizados cuatro grandes centros regionales, el castellano, el gallego, el andaluz, y el extremeño, con ramificaciones en las provincias; últimamente, la Asociación de Excursionistas catalanes ha comenzado la publicación de otra Biblioteca, que ya ha dado á luz dos obras curiosísimas, *Lo llamp y lo temporals*, de Celso Gomis, y una colección de *Veinte cuentos catalanes*, debida á D. Francisco Maspons y Lladrós, tan conocido por su precioso *Rondallayre*.

Fuera de estas publicaciones periódicas, en las cuales nos iremos ocupando poco á poco, según nos lo permita el espacio de que podemos disponer, frecuentemente salen á luz distintas obras folklóricas no menos dignas de atención. La última que ha llegado á nuestro poder y que vamos á examinar ligeramente, es una preciosa colección de *Cançons y follies populars*, recogidas al pie de Montserrat por el distinguido literato D. Pablo Bertrán y Brós, cuyo nombre, antiguo ya y respetado en la república de las letras, nos dispensa de toda idea de presentación á los lectores.

Nadie ha definido la poesía popular con acentos más entusiastas que Marmier en sus célebres *Chants du Nord*. «Por poesía popular—dice—no entendemos esas canciones triviales, esas coplas groseras que acompañan el estravío de la orgía en la plaza ó en la taberna, y que la misma razón del pueblo reprueba cuando pasa la hora de su embriaguez. No entendemos por poesía popular esas composiciones que algunos escritores, más ó menos hábiles componen imitando al pueblo, tratando de inspirarse en su pensamiento y traducir sus impresiones. No. La poesía popular propiamente dicha, no es ni la copla brutal del carretero, ni el canto ficticio elaborado en el silencio de un gabinete; es la misma voz del pueblo en sus días de emoción profunda; es el canto que celebra sus héroes y sus dioses, que proclama sus triunfos y llora sus desastres. Es la epopeya de sus tiempos de heroísmo y la balada tradicional de sus creencias supersticiosas. Es el canto de Moisés en la montaña y la elegía [del destierro junto á los sauces del río.] Y el gran Herder, uno de los primeros que conocieron el alcance y el sentido de las canciones populares, decía, hablando de ella en sus *Volkslieder*: «son los archivos del pueblo, el tesoro de su ciencia, de su religión, de su cosmogonía, de su teogonía, de la vida de sus padres, de los fastos de su historia; son la expresión de su corazón, la imagen de su interior en la alegría y en el llanto, cerca del lecho de la desposada, á orillas de la tumba.»

Las *Cançons y follies* coleccionadas por Bertrán y Brós son algo de eso, y no son todo eso por que faltan entre ellas los cantos tradicionales que siempre guardan en sí más elementos mitológicos que las demás secciones en que el autor clasifica sus mate-

(1) De toda obra referente á Folklore de que se nos remita un ejemplar, daremos cuenta en esta sección, que abrimos hoy en las columnas de LA AMÉRICA.

riales. El pueblo palpita en ellas, el pueblo con su devoción a la Virgen, con su admiración por el valor donde quiera que se encuentre, en los bandidos cuando no hay héroes, en los valientes del Bruch cuando la venida de Napoleón hace brillar al aire las enmohecidas armas españolas; con su amor a la mujer, su respeto a los padres, su culto a los vestigios del pasado; sus virtudes y sus vicios, sus energías y sus debilidades, llenando a las más altas cumbres de lo trágico algunas veces, como en *La filla de Igualada*, y descendiendo otras al más bajo nivel de lo chocarrero, como en *Mestre Joan*. El pueblo de las *Cansons* es el mismo pueblo catalán sin adornos ni afeites que desfiguren su semblante. El autor garantiza la exactitud de las versiones que da, y aunque no la garantiza, bastaría una simple lectura para comprender que son genuinamente populares. El que quiera saber su filiación, no tiene más que leer estas cuantas líneas del prólogo:

«... les cullidors d' olives son encare les vestals que hi mantenen aquest foch sagrat de la tradició poètica catalana, que si enguany no es tan pur y viu com antany, ¡Deu n'hi do encara! Elles, al tros que son y aixís que 'l sol desembalva ses mans, ja comensan de cantar cansons catalanes de bona mena; y cantant, cantant, fan la feyna sense adonar-sen, y les colles vehines, que 's pican sovint de l'honra, responen ab altres cansons, y 'ls espiayres, de dalt estant de les oliveres que perxejan, s'hi barrejan també tantost cantant com acompanyant les tonades ab xiudalissa tan escalenta y bella que talment de bechs d' aucells sembla surtida, y vé la tarde y 'l cap al tart que 'l sol se pon, y encara refilan qu' es un gust, sense fer cas de l' hora d' aplegar y ab greu pu de que no puguin fer surtir desseguida 'l sol altra vegada; acabant gayrebé sempre 'l contrapunt en follies picantes que van y venen de l' una colla a l' altra com abelles brunci-nayres que fiblan y moren... A sota les oliveres principalment, donchs, y escoltant les cullidors de ma casa payral, que sempre eran moltes, jo vatax omplir mon sar de poesia popular.» (1) El poeta anónimo fecha también la generalidad de las canciones, dando como acontecidos en su tiempo los sucesos que refiere:

Una cansó vull cantar,
no hi ha molt que s' es dictada
d' una minyona que hi ha,
Toyana se anomenava.

Una cansó vull cantar,
no hi ha molt que s' es dictada
d' una minyona que hi ha,
que n' es filla de Igualada.

Una cansó vull cantar,
no hi ha molt que s' es dictada
d' una minyona que hi ha,
qu' es filla d' aquesta plana.

Así empiezan la mayor parte de ellas.

En tres partes divide su colección el Sr. Bertrán: religiosas y morales, patrióticas é históricas, y amorosas y alegres; escasa en documentos la primera, no más abundante la segunda y algo nutrida la tercera que precede a las follies.

En las *cansons* religiosas, preséntase el pueblo creyente, adorador entusiasta de María, llorando con ella durante toda su peregrinación por este bajo mundo, acompañándola en el largo trayecto de amargura que recorrió siguiendo las huellas ensangrentadas de su hijo, y sorprendiendo en su corazón un puñal más de los que ven en él las miradas de los más religiosos, en su alma una nueva herida que nadie hasta ahora ha reconocido: el dolor que debió sufrir al ver a Jesús expuesto a la conmiseración de sus enemigos, rotas las vestiduras, magulladas las carnes, apagados los ojos, cárdenos los labios, pendiente de los hombros el irrisorio manto de púrpura, clavada en sus sienes la cruel corona de espinas que ceñía su cabeza, sosteniendo entre sus manos atezadas por las cuerdas el cetro de caña, emblema de su sarcástico poder, y al oír al juez implacable las palabras terribles ¡*Ecce-Homo!* con las cuales quería despertar un sentimiento de compasión en los corazones endurecidos del populacho de Jerusalem. La Iglesia celebra los siete dolores de María; el pueblo cuenta otros dolores, y es preciso

(1) Introducción.—Pág. IX.—X.

creerle a él, porque de su seno salió la Virgen galileo, en su seno vivió, en su seno murió y él recibió sus confidencias de mujer, sus lamentaciones de madre, porque el pueblo y sólo el pueblo tiene esa delicadeza exquisita que comprende todas las angustias y todos los dolores. En *La oració de la Mare de Deu del Carme*, se representa a la Virgen bajando al Purgatorio, coronada de doce estrellas, todos los miércoles y sábados a librar a las almas que ya han purgado las faltas que cometieron en la tierra. En otra canción: ¡*Oh Verge del Cel Maria!* se manifiesta hastiado de vivir, queriendo huir del mundo, recogerse a Dios, porque sabe que

à n' aquest mon miserable
jamai ne son contents,
l' un se queixa perque es pobre,
l' altre perque té pochs bens,
y ab una sola mortalla
tót lo mon hi avrem d' anar,
à n' un clot dintre de terra
allí havem d' anà a parar.

Siguen a esta última las poesías patrióticas, representadas en el texto por un supuesto diálogo entre Napoleón y su hermano José, y en el apéndice por una descripción del combate del Bruch. El señor Bertrán, como todos cuantos se ocupan en recoger canciones populares, se extraña, con sobrada razón, de la falta de ellas referentes a la guerra de la Independencia. ¿Cómo en ese gran movimiento de España contra los franceses, el pueblo que vertía su sangre en los campos de batalla, que dormía arma al brazo, que no reparaba en medios para destruir a sus enemigos cómo en ese largo espacio de tiempo odia en silencio, pelea sin hablar, encerrando sus sentimientos dentro del pecho, y encontrando palabras bastante enérgicas para perpetuar en ellas un aborrecimiento a las huestes napoleónicas? Problema es éste extraño y de difícil solución para la crítica, y bien merece su exámen espacio mayor que el que pudiera dedicarle en este momento; así que me ceñiré solamente a hacer notar el hecho, como lo hace notar el distinguido folklorista catalán, como lo notaron ya Lafuente Alcántara en su *Cancionero General*, Rodríguez Marín en sus *Cantos populares españoles*, Milá y Fontanals en su *Romancerillo catalán*.

Pero en otra canción, al hablar de un bandido afrancesado, *Buquica lo gran Uadre*, el pueblo descarga sobre él todo su odio, le pinta con los rasgos más terribles, deshonorando jóvenes, incendiando casas, queriendo matar a su padre... Cuando la justicia le prende por fin y lo lleva a Figueras:

bo y lligat y garrotat
com a home de gran fama,

no entra en la población con esa arrogancia que tienen cuando son vencidos todos los bandidos populares: la gente acude a verle y

ell anava ab lo cap baig
de vergonza que se n' daba!

magnífico rasgo de energía, que es por sí sólo la condenación de toda una existencia.

Y esta animalversión que el pueblo le manifiesta débela sin duda a su condición de afrancesado solamente, por que hay que tener en cuenta que pocas veces el pueblo deja de compadecerá los bandidos, antes bien puede decirse que el bandido es tipo eminentemente popular. En todas las literaturas sucede así, sobre todo en aquellos periodos y aquellos pueblos en que un déspota ó un extranjero rige los destinos del país; en este caso el bandido se eleva a la categoría misma de héroe, porque al colocarse fuera de la ley, ataca la ley injusta; al luchar contra la autoridad, lucha contra el tirano, y él es el único que guarda como vestal cuidadosa al fuego santo de la resistencia al opresor. Los bandidos son los héroes de la decadencia; el pueblo admira en ellos el valor y la energía que le faltan. D. Agustín Durán en la introducción al *Romancero general* explica admirablemente esta anomalía del vestido moral de un pueblo en una época determinada de su historia. Dentro de casa tenemos ejemplos de este fenómeno: para el pueblo, Diego Corrientes, el bandido generoso que, según el romance,

robaba con fantaxia;
à los ricos les robaba
y à los pobres socorria,

José María, Candelas, Jaime el Barbudo, distan mucho de ser repugnantes, y muchas veces por el con-

trario se le presentan como bienhechores. En la poesía popular rumana—que tan bien conoce el Sr. Bertrán y Brós—Mihou, Boujor, Codrean, se llevan todas las simpatías del poeta popular que canta sus luchas con los boyardos, con el mismo fuego con que celebra el valor del rey Estéban y la fe de Constantino Brankavano (1); en Bulgaria cántanse las correrías de los bandidos y la generosidad de Panteho *el bandido generoso*, (2); en Servia, el vate anónimo celebra las hazañas de los Haidouks (3) y Grecia admira el amor y la constancia de los Pellicaros (4); de aquí, sin duda, que en las mismas *Cansons* que tan ligeramente analizamos, el retrato de otro ladrón, *Riom... del Bruch*, cuyas hazañas se cuentan, no aparezca tan recargado de tintas sombrías; la *cansón* le pinta como modelo de hijos. Así que entra en la cárcel:

L' hereu Riom... del Bruch
tinta y ploma demanaba
per escriure un bitllet
à la trista de la mare.

En las *cansons amorosas* resalta sobre todos los demás temas, por lo mucho que se repite, el respeto a la autoridad paterna. Los padres son quienes conciertan los matrimonios; una vez que han hablado ellos, el corazón de los hijos enmudece, el deber desata lazos que anudaba la afición, y los amantes despedidos se resignan y las jóvenes bajan la cabeza ante la suprema razón de la voluntad del padre. En varias canciones, como en *Teresó*, *L'ortelana*, *La mal casada al Roselló*, *La mala amor*, una mujer se lamenta de haber sido casada contra su gusto; en *Lo Testament*, dos amantes cuyo amor es contrariado se separan; ella jura no casarse con otro que con él; él se aleja de ella para hacerse

frare ó hermitá
de la vida santa;

en *So patit set y calor*, el amante ausente vuelve tras una larga ausencia, vá a ver a su novia y ésta le recibe friamente primero, y luego le dice:

—Ara jo m' explicaré
ab ells ulls baxos a terra:
perdoneme jovenet
que jo ara so promesa,
perque els meus ho han fet
sense demanar m' llicencia,
per no trencá 'ls deu manaments
jo so estada obedienta.—

Él la responde, después de pintarla su dolor:

—Amoreta, dóm la má,
dóm la má, tú, amoreta,
si a la terra no 'ns veyem
dalt del cel ens poguem veure,
viudeta t' esperaré
si no 't puch haver donzella.—

El desconocimiento del gran deber filial de la obediencia arrastra graves castigos sobre los malos hijos. *La filla de Igualada*, una joven

se n' há casada a disgust
del seu pare y de su mare.

Sintiendo próximo el instante en que vá a dar a luz, manda llamar a su madre para que la asista; ésta la responde que no la tenga por madre, y entonces ella muere de sentimiento. En *Tayona* otra muchacha huye de su casa en compañía de un soldado; sus padres enferman del disgusto, y enterado de lo que acontece, el capitán hace que la joven torne a su hogar, del que nunca debía haber salido.

No son sólo historias aisladas de amor las que se desenvuelven en las canciones recogidas por el señor Bertrán; también se desarrollan en ellas algunos temas tradicionales, fáciles de reconocer en la literatura popular de otros países. Uno de ellos es el del ruiñeñor, a quien consulta la joven antes de decidirse a elegir marido.

—Rosinyol, bon rosinyol,
¿quin concell me vols donar?
De tres aymadors que au tinch,
¿l' amor a quin lo puch dar?—

Angelo de Gubernatis, en su *Zoological mythologie*, part. 2.^a, cap. 5.^a, diserta extensamente sobre el pa-

(1) *Ballades populaires de Roumanie*, por Alexandri, páginas 29, 79, 123, 137.

(2) *Chansons populaires*, por Dozon; Introd. pág. VII y canc. núm. 28.

(3) Vuck, *Dict. serce*; palabra *Haidouk*.

(4) *Chants populaires de la Grèce moderne*, por le Comte Marcellus, págs. 121, 128.

pel que representa el ruiseñor en las tradiciones populares, como consejero de los enamorados. En España misma recuerdo haber oído contar una linda tradición valenciana, en que una joven que huye con su amante se salva de la deshonra, por dar oídos á los consejos de un ruiseñor, que durante todo el tiempo vuela sobre el coche en que camina, y luego la acompañan, hasta dejarla en el convento, cuyos claustros abandonara la infeliz en un momento de extravío. En una poesía popular búlgara (Dozón, núm. 59), despiertan tres ruiseñores al joven para que vea la belleza que pasa por el camino; en un canto popular bohemio (Leger, pág. 119), el ruiseñor es mensajero del amante que hace traición á su querida y da consejos á ésta para que no se deje engañar por aquél; en una balada bretona recogida por Villemarqué (*Barzaz-Breiz*, 151) oír el canto del ruiseñor es el pretexto de la joven esposa para hablar en el jardín con su amante sin que lo advierta su marido.

Otro de los temas tradicionales que encontramos en las *cansons* es la historia de *Mariagna*, que robada por un capitán y tres bandidos salta por la ventana y huye de la deshonra que la espera. La historia más comunmente contada en Europa termina de otro modo: la joven no huye, pero se hace pasar por muerta, y cuando acude gente vuelve á la vida. De esta leyenda dice el ilustre conde de Puymaigre, en su lindísimo estudio *La poésie populaire en Italie*, publicado en 1872: «S'il est un conte usé, commun et rebattu, c'est bien celui de cette jeune fille enlevée par un capitaine, conduite dans une hôtellerie, et qui fait trois jours la mort pour son honneur sauver.» Y á continuación hace notar la existencia de la balada en Francia, Italia, Provenza: «On la chantait partout»—añade—«même dans le pays basque, dans cette langue inaccessible á la grammaire.» (pág. 13.)

El asunto de *La mala amor* se halla también muy extendido, al menos por España. Marín, en sus *Cantos populares*, dió á luz la variante andaluza; en mi colección de materiales para *El Folk-lore de Madrid*, publicado en la Biblioteca de las Tradiciones españolas, inserté yo la versión madrileña, más completa que las dos anteriores, pues termina con estos versos que bastan por sí solos á fijar la filiación de la balada:

Perdóname María,
boquita de piñón,
que por tí me llevan
á la Inquisición.

Pocos cantos de corro habrá tan exuberantes de poesía como esta pequeña canción. Una joven casada á disgusto sospecha de la fidelidad de su marido, le sigue, le ve entrar en casa de otra mujer y se vuelve á su hogar frío y abandonado, donde la esperan el hastío y la inquietud.

Me puse á coser,
¡coser no podía!
me puse á rezar,
¡rezar no podía!

dice la infeliz. Luego añade:

Me puse al balcón
por ver si venía,

y cuando él viene y le echa en cara su maldad, él la injuria, y, cobarde, la maltrata. Incompleta y todo, como es la versión catalana, se lee con gusto y da una idea de ese pequeño cuadro tan sentido, tan verdadero, tan horrible.

La falguera es una planta maravillosa, florece la víspera del día de San Juan, y el que logra cogerla en el mismo momento en que el reló da las doce, será feliz mientras viva. Pocas creencias populares más extendidas que ésta, la cual se halla en todos los tiempos, en todos los países. En la tradición celta, germana y slava sirve para descubrir tesoros ocultos, preserva de todas las enfermedades, hace invisible al que la posee; en las leyendas de Merlín es la hierba de oro que busca afanosamente el adivino para sus composiciones mágicas; en Lombardía es la planta amada de las hechiceras, que la cogen para frotarse con ellas las manos cuando graniza, volviéndose del lado en que el granizo cae más densamente; en la superstición inglesa y escocesa, apodéranse de ella los ladrones para hacerse invisibles; en Alemania es una de las hierbas que

extravían al viajero que la pisa descuidado (1). Gubernatis en su *Mitologie des plantes* (II, 143-146), la clasifica entre las plantas solares, y aporta nuevos testimonios sobre lo extendida que se halla la creencia en sus propiedades maravillosas; en otro pasaje (I, 188) dice que su posesión da la sabiduría suprema. El único medio de apoderarse de ella, medio seguido universalmente por todos cuantos buscan su semilla, es el mismo que expone en sus notas el señor Bertrán y Brós. El mismo procedimiento, las mismas ceremonias observadas siempre con el mismo temor por parte de los curiosos é interrumpidas siempre por los amaños y farsas del demonio, que quiere defender á los mortales la posesión de la semilla portentosa.

No menos merecedoras de atención que las demás secciones, es la de *cansons allegres*. Por lo general, en todas ellas hacen el gasto los maridos burlados por sus esposas. Y en todas ellas también aparece el cura como perseguidor de doncellas, galanteador de casadas y enemigo de la paz conyugal.

Punto es este que vale la pena de ser discutido. ¿Cómo en país tan religioso como el nuestro ha tenido el clero tan poca respetabilidad que no ha sabido imponerse á la malicia chocarrera del vulgo? A juzgar por sus canciones, sus proverbios, sus frases hechas, frailes y curas son dechado de vicios, cifra de pecados capitales. En la misma Asturias, donde el clero tiene tan gran influencia, se canta (2):

Tanto cura, tanto cura,
tanto cura, tanto fraile,
tanta mujer sin marido,
tantos hijos en sin padre.

A los curas quiero yo
dentro del confesonario,
n'ú el altar diciendo misa,
lo demás es contrabando.

Un cura me llamó rosa,
yo le respondí resuelta:
esta rosa, señor cura,
no se coje en la su huerta.

Y otras muchas que empiezan:

Un cura me pidió un beso...

Cuando uno está muy gordo, se le dice que parece hijo de cura; si es pedigüeño, que le ha hecho la boca un fraile. La docena del fraile no tiene doce, como la de los demás, sino trece; viajar con curas es mal agüero, porque el viaje será poco feliz.

Las *cansons allegres* versan sobre este tema. En *Lo Frare blanch y la donzella*, un confesor quiere seducir á su penitente; en otra, *L'amo vé de la llavrada*, y encuentra á su mujer comiendo y bebiendo sentada entre dos frailes; en *Lo rector de Cornellá*, éste sale de caza, tres *ninetas* y se las lleva á confesar detrás del altar; en *Mestre Joan*, un marido se lamenta de que los frailes de San Francisco se hayan llevado á su mujer hace quince días y aún no se la han devuelto. En *Los bellayres dintre un sach, el batlle, el revidó y el vicayre*, bailan metidos en un saco; viene el demonio y se lleva el saco al infierno...

Pero este artículo es ya sobrado largo y temo abusar de la paciencia de mis lectores. Dejo, pues, de ocuparme en la segunda parte del libro que comprende 200 follies, no menos interesantes que las *cansons* que las preceden. De todos modos, mi objeto era llamar la atención de los folkloristas sobre la nueva obra del Sr. Bertrán y Brós. Cuantos elogios se tributen á la diligencia y al tino del distinguido literato catalán son pocos, atendiendo á los que merece. Al recoger las canciones exparcidas al pie del Montserrat, lo ha hecho con el acierto que requiere la tarea—no tan fácil como pueden suponer los profanos,—y empleando en ella sus vastos conocimientos en poesía popular de todos los países. Las eruditas notas que enriquecen su colección hacen más extimable todavía su libro, así como la música con que se cantan las *cansons*, y que vá grabada al frente de cada una de ellas.

(1) Sebillot. *Traditions de la Haute-Bretagne*, II, 336.—Migne, *Sciences occultes*, pág. 643.—De Chesnel. *Des Superst.*, pág. 422.—Brueyre, *Cont. pop. de la Gr. Bret.*, página 208.—Villemarqué, *Barzaz-Breiz*, pág. 62, 76.—Shakespeare, *King Henry IV.*—Sousvestre, *Le Foyer breton*, I, pág. 100 y sig.

(2) N. mi *Folk-lore de Proaza*, contribución al F. L. de Asturias.

Permítasenos, sin embargo, dos observaciones. En las *cansons* se echan de menos dos cosas: un estudio hecho por el autor de ese género de composiciones, el papel que representan en la tradición del pueblo y la significación que tienen en concepto del colector. Además, tanto las notas como el prólogo, están escritos en catalán, y esto, que prueba el profundo amor del Sr. Bertrán á la hermosa región en que nació, puede perjudicar á la mayor circulación del libro. Todos los colectores de cantos populares que conocemos, obran de otro modo, dando el texto en el dialecto en que fué escrito, emplean la lengua nacional para las notas, prólogo y observaciones. Eso han hecho Pitré en sus *Canti popolari siciliani*, Bladé en sus *Poesies populaires de la Gascogne*, Villemarqué en su *Barzaz-Breiz*, Ferraro en su *Canti monferrini*, Ive en sus *Canti popolari istriani*, Marcoaldi en sus *Canti marchigiani*, etc.

Pero estas son deficiencias fáciles de corregir, y que en nada afectan al mérito de la colección. Reciba nuestra enhorabuena el Sr. Bertrán y Brós y demos pronto el nuevo libro que nos promete, *L'oracionayre pupular catalá*, y que ha de ser tan importante ó más que el que ahora nos presenta.

EUGENIO DE OLAVARRIA Y HUARTE

EL MOVIMIENTO RELIGIOSO

EN EUROPA Y AMÉRICA

CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO

Tendencia de la Francia por la reforma religiosa.—El padre Didón.—Doctrina sobre el divorcio.—Armonía entre la fe y la ciencia.—La obra del jesuitismo.

I

No es España la sola nación latina que abreancha brecha á la unidad religiosa, rompiendo los lazos que le ataban de antiguo con las doctrinas reveladoras del pontificado. Francia también inicia cierto espíritu reformador que tiende á emanciparse de la iglesia de Roma. El pueblo que produjo á Lammenais y Lacordaire es en estos mismos momentos el que más hace por armonizar la libertad religiosa con la razón del siglo actual, sin miramientos á las conveniencias del Papa, ni cuidarse del griterío de su clero fanatizado por el odio que siente á la libertad y su amor á todo lo pasado.

La prensa francesa consagra extensos artículos al padre Didón, ilustre dominico, heredero de la doctrina y elocuencia de Lacordaire. El padre Didón es uno de esos ilustres católicos liberales que de algún tiempo á esta parte trabaja mas por la reconciliación entre la ciencia y la fe, la democracia moderna y la antigua teocracia; noble esfuerzo, generosa empresa que del primer día merece las simpatías del pueblo de París, y á lo cual contribuye el padre Didón desde el púlpito de la iglesia de la Trinidad, siguiendo el ejemplo de otros eminentes predicadores pertenecientes á su misma orden.

Los sermones del padre Didón han provocado audaces protestas del clero ultramontano; continuas interrupciones perturbaron sus conferencias anteriormente en San Felipe de Roule, y hoy sus oraciones inimitables motivan protestas indignas en la Trinidad, por parte de algunos desdichados que olvidan que sólo el elemento liberal de la Iglesia puede conservar el prestigio y la autoridad de ésta, mientras que el ultramontanismo la perdería indefectiblemente.

II

Pero ¿quién es el padre Didón? Un periódico de Madrid lo retrataba poco há de mano maestra. Parece su retrato obra del elocuente Castelar.

Hombres hay que aparecen inopinadamente en la escena del mundo, y se ven de igual manera. Semejantes á los cometas, surgen de improviso en el espacio; durante un brevísimo periodo sorprenden más que alumbra al observador que los contempla, y sin dejar huella ni rastro, en toda su plenitud

se apagan ó se pierden del otro lado del horizonte.

Ni es posible, ni hay para qué hacer la historia biográfica de esos hombres cuya personalidad carece de propios caracteres, y sirve únicamente de vehículo á una idea ó á la aspiración común de los tiempos en que alcanzan anómala y transitoria vida.

Que el padre Didón haya salido del fondo de la llana Normandía, como pudiera del Poitou, ó de la Bretaña; que tenga ahora cuarenta y siete años, como podría tener 40 ó 60, que haya entrado por vocación en el claustro, cual si lo hubiera hecho de puro desengañado ó dolorido, cosas son que en manera alguna interesan á aquellos en quienes su voz avivó antiguas y olvidadas esperanzas, y menos todavía á aquellos otros que ya no creen en el poder de transformación del catolicismo, que ya no esperan en la un tiempo anhelada reconciliación de la ciencia humana y del sentimiento religioso.

Perdido desde la adolescencia en el seno de una comunidad de monjes, especie de piadoso falansterio, en el cual la parte ó el individuo se confunde y anonada en el todo, lícito es decir que el padre Didón llegó al mundo aquella tarde de la pasada Cuaresma en que hizo oír su primera profana conferencia en San Felipe de Roule, y salió de él, acaso para nunca más volver, en aquella otra en que con humildad profunda se despidió del general de su orden para emprender el camino de Corbara.

¡Rápido y doloroso tránsito de cuatro meses, durante el cual pudo saborear juntamente todas las embriagueces del triunfo y todas las angustias de una lenta y temerosa caída!

En los salones y círculos, á donde se da cita la sociedad novelesca y desocupada de París, hablábase con extrañeza una noche—era á principios del invierno—de cierto predicador que en la iglesia de San Felipe de Roule había cautivado á su auditorio, amonestándole en términos de mucho tiempo atrás no oídos en la Cátedra del Espíritu-Santo. Prescindiendo de las fórmulas tradicionales, no había dividido su sermón en tres puntos, ni hecho citas en latín, ni buscado texto ó epigrafe en las sagradas escrituras. Acomodábase á los gustos del día, en vez de llamar *hermanos, hijos ó amados* á sus oyentes; decíales culta y llanamente *señores*; su palabra era cortés y de buen tono; sus gestos y actitudes, ya que no teatrales, ofrecían cuando menos el carácter de la elocuencia tribunicia.

A la siguiente tarde concurrieron al modesto templo de San Felipe, literatos, curiosos, incrédulos y cortesanos.

Cuando el orador, echando atrás la capucha del manto negro, se enderezó en el púlpito y dejó caer sobre la multitud tendida á sus pies una mirada tranquila, sintiéronse todos sobrecogidos, más bien de asombro que de respeto.

Era aquel un hombre robusto, y cuyas armoniosas proporciones, no menos que la elegante vestidura, le revestían de majestad algún tanto artificial y de clásica belleza.

Cabeza de atleta en reposo, ancha y limpia frente coronada de espesa cabellera, bajo la cual se adivinaba apenas la tonsura, recta pero de movibles alas la nariz, ojos serenos aunque fulgurantes, severa y gruesa la boca, cuello erguido y récio, y movimientos y ademanes en los cuales se revelaba la conciencia de la fuerza propia: tal era el dominico.

III

Habló del divorcio, problema cuya actualidad hacían entonces palpitante el proyecto de ley de Alfredo Naquet y la carta de Alejandro Dumas, y aunque pronunciándose evangélicamente por la indisolubilidad del matrimonio, como sacramento y como contrato, sin ningún género de duda dejó comprender en la exposición de su doctrina, más bien filosófica que teológica, en la urbanidad de la frase que ni acritud ni desdén tenía para con los adversarios, y en su modo de dirigirse, no tanto á la fe como á la razón, que eran esencialmente humanas sus miras y en un todo ajeno su es-

píritu á los escrúpulos y preocupaciones de la Iglesia.

De aquel día data su fama, y en él tuvo comienzo su desdicha.

A medida que desarrollaba sus conferencias, crecían las simpatías y la admiración del público, que acaso exageraba un tanto el mérito de su favorito; y tales y tan profanos ecos llegó á despertar, fueron tan grandes, por el contrario, las inquietudes producidas en el seno de la comunión en que militaba que al fin y al cabo, intervino en ello al arzobispo de París, poniendo fin *ab irato*, á las para él equívocas predicaciones.

La imprenta acudió entonces en auxilio del predicador, y lo que había quedado por decir en el púlpito fué recogido y propagado en Francia y en Europa por el libro.

Creyóse, durante algunos días, que el padre Didón, retirado á su convento de la calle de Jean-de-Beauvais, no volvería tan pronto y acaso, acaso nunca, á ocupar la sagrada cátedra; pero no sucedieron así las cosas, que no en vano el ansia de conocer y el espíritu del siglo se impone más y más de día á todo linaje de respetos y consideraciones.

La curiosidad del público, influyendo de diversas maneras, desarmó la cólera ó los celos de monseñor Guibert, y hé aquí que nuevamente volvió á aparecer el padre Didón en la iglesia de la Trinidad, trayendo como tema de sus discursos una tesis aún más peligrosa y equívoca que la primera.—«No puede negarse el antagonismo que existe entre la Iglesia y el Estado, entre la libertad y la religión. Tratemos de hacerlo desaparecer y busquemos la concordia y la armonía.»

La concepción democrático-católica del osado dominico era tan generosa y sencilla, como estéril y falsa.

«La fe,—decía,—no es incompatible con ningún gobiernó. El catolicismo ha vivido siempre adaptándose á las formas sociales de los tiempos y de la historia. Ha sido sucesivamente feudal y monárquico: según los pueblos que le profesaba tenían por ideal de gobierno el feudalismo y la monarquía. En esto precisamente estriban su autoridad y su fuerza. ¿Por qué, pues, hemos de quitársela ahora, impidiéndole hacerse republicano? Para que la muchedumbre siga al sacerdote, necesitase que los cirios con que él se alumbra y la alumbre, sean estrellas de la mañana, mensajeras del día. En cuanto á la ciencia, no sólo son hipótesis sus leyes, sino que en nada se oponen, ó cuando menos, en nada se relacionan con ellas las leyes reveladas.»

De esta suerte resolvía el padre Didón el conflicto científico-religioso, y en parecidos, aunque más radicales términos, el problema de la propiedad y el trabajo.

Otro día habla sobre las relaciones que existen entre la ciencia y la fe. Sus declaraciones son importantes. Repitémoslas aquí.

IV

Cinco mil personas pueden colocarse en el interior de la Trinidad.

Algunas horas antes de que el P. Didón subiera al púlpito, la iglesia estaba llena y más de tres mil personas se volvían pesarasas por no haber podido entrar.

La obra que el P. Didón se propone llevar á cabo es verdaderamente ardua, difícil y escabrosa, y no es extraño que París, á quien con harta ligereza se tacha de indiferente y escéptico, se apresure por oír la elocuente palabra del orador.

El ilustrado dominico se propone restablecer la armonía entre el catolicismo y la moderna sociedad.

¿Lo conseguirá?

Nada puede asegurarse; mas por lo pronto, puede decirse que si su inteligencia es profunda y elocuente su palabra, sus enemigos son tantos y tan encarnizados, sobre todos los que proceden de la iglesia, que la misión que se ha impuesto, mas que difícil, es arriesgada y heroica.

El asunto de la conferencia que le oímos, era:

«Las bases de la armonía entre la ciencia y la fe.»

He aquí una parte del exordio con que el orador dió comienzo á su discurso:

«Uno de los más poderosos obstáculos á la armonía, á la pacificación del catolicismo y de la sociedad moderna, es la lucha, el ardiente antagonismo que existe entre la ciencia y la fe.

He aquí lo que se dice que hay hostil á la fe en el terreno de la ciencia: el catolicismo admite el milagro; nosotros no lo admitimos; el catolicismo reconoce una biblia; nosotros no la reconocemos; nosotros no admitimos más verdades que las probadas por la experiencia.

Ante una afirmación tan rotunda, ¿qué hacer? ¿Hay compromisos que resolver, dudas ó errores que disipar?

Así lo creo; hay que disipar, que esclarecer un error radical.

Ante esta duda que repercute en las masas, presentábase dos errores:

1.º ¿Es posible el acuerdo entre la fe y la ciencia?

2.º Si es posible, ¿por qué esta guerra? ¿Y cómo y sobre qué bases establecer la armonía?»

El dominico estableció que siempre hay posibilidad de poner en armonía dos fuerzas, cuyo objeto y método son distintos y no contienen en sí mismas ninguna «oposición intrínseca»; así, pues, cuando por ellas mismas se estudia la ciencia y la fe, se reconoce que son dos potencias reconocidas, cuyo campo de acción y cuyo método son diferentes, pero sin presentar oposición ó contradicción intrínseca.

Por lo tanto, es posible la armonía de dos potencias.

La ciencia experimental tiene por objeto la totalidad indefinida de los fenómenos; su método es la experiencia, la observación, etc.

La fe, por el contrario, tiene por objeto, no ya el fenómeno, sino la causa primera: ¡Dios! y tiene por método un testimonio competente, racionalmente demostrado.

Entonces, ¿por qué el conflicto?

Si no procede de la fe ni de la ciencia, debe proceder de los hombres.

Efectivamente, la fe y la filosofía, por una parte, y la ciencia por otra, se hacen una guerra encarnizada.

El orador redujo á tres las bases del acuerdo:

1.ª Dejar á la filosofía la cuestión del milagro.

Es un problema que no puede resolverse por la ciencia, sino únicamente por la filosofía.

Trátase de la observación de causas transcendentales.

2.ª Abstenerse, tanto los creyentes como los no creyentes, de considerar la Biblia, y sobre todo el Génesis, como un libro de ciencia, cuando sólo es un libro de verdades morales y religiosas.

3.ª El estudio simultáneo de la ciencia y de la fe, prescindiendo de los que simultáneamente niegan la fe ó la ciencia.

El padre Didón terminó su discurso recordando que el excepticismo de los augures y de los filósofos romanos, no ha matado la fe ni la religión de la humanidad.

Lo que aquellos mataron fué su propio imperio, y en tanto que marchaban á su decadencia, el apostol San Pablo creía y preparaba el cristianismo que debía salvar á la humanidad que aquellos arrastraban á su perdición. ¡Cuánta luz arroja esta doctrina!

Las reservas que se guardó en un principio sobre las palabras del padre Didón, por parte de los obispos, eran sospechosas. Señal inequívoca de una tormenta que se fraguaba contra el fraile dominico. Sospechaban algunos que sería imprudente coartar la libertad al orador y contraproducente atentar contra su derecho de hablar desde el púlpito.

V

Por esta vez dejaronle desarrollar sus conferencias; pero no tardó en llegar el castigo

por medio de una orden en que se le llamaba urgentemente á Roma.

Conocidos es de todos el final de la aventura.

Los jesuitas, á quienes no amaba y de quienes decía: «han atado á un ser vivo sobre un cadáver, y ahora hacen exorcismos y rezan rosarios sobre la tumba, para ver si con la sangre del vivo logran resucitar al muerto,» le impidieron llegar á los pies del sumo pontífice; cerraronle el camino del Vaticano, en donde con una sincera explicación hubiera tal vez cesado la mala inteligencia, y no le dejaron otro camino que el del destierro, en donde arrepentido ú obligado concluirá por hacer retractación pública y solemne de sus pretendidos errores.

No creemos en la rebeldía del padre Didón.

No son éstos los tiempos de Lammenais y de Lacordaire, tiempos en que la sociedad se resentía aun de cualesquiera disturbios religiosos, en que el pueblo se asociaba á las protestas del sacerdote emancipado y creía en la posibilidad y en la necesidad de un culto nuevo.

Lammenais sobrevivió, digámoslo así, al acto de rebelión, merced á la grandeza de su obra literaria; Lacordaire, que no gozaba de esta última facultad, murió olvidado y triste en su destierro campesino; el padre Jacinto, hoy convertido en M. Loysón, ha perdido todo su prestigio al trocar el hábito de carmelita por el traje de etiqueta, y el escaso público que á su iglesia anglicana concurre, en vez de admirar ó respetar al orador, mófase discretamente de las debilidades del hombre.

Nada de esto ignora el proscrito de Corbara.

Sabe harto bien, que en la edad presente no tienen resonancia por lo mismo que parecen inútiles los cambios de religión, y que los votos pronunciados en la juventud, son para el sacerdote como la túnica del centauro; no se despegan de la carne sino con la vida. Aquel que, obligado por la rectitud de su conciencia, protesta una vez en nombre de la humanidad, contra lo que durante largos años ha creído y predicado, después de hacerlo, debe eclipsarse y desaparecer, si quiere que su generosa intención sea estimada y agradecida.

Por eso no esperamos la total rebeldía del infeliz dominico, ya que tampoco creemos nunca en su total arrepentimiento. Por eso no vemos en él un reformista, un innovador ó un revolucionario, sino una víctima condenada á pagar con una larga existencia de combates interiores y de exteriores vejámenes, la emancipación y el triunfo de algunas rápidas horas.

Precisamente lo propio que ocurre en España con el padre Aguayo, con D. Tristan Medina y con otros ilustres pensadores místicos, que impulsados por un arranque generoso de su alma, abanzaron en más de lo que convenia los intereses del Papado, y los satélites del jesuitismo desplegaron toda su atrocidad contra estos nobles reformadores que consiguieron enterrarlos en vida.

Lammenais, Lacordaire, el padre Félix, Tritan Medina, el padre Didón, Matamoros, el padre Aguayo y otros tantos teólogos como en estos tiempos han roto los moldes en que están vaciados por lo común los servidores de la Iglesia católica, han sido estrellas que han lucido una sola noche, porque á la siguiente la han cubierto las sombras oscuras del jesuitismo para que no alumbren más.

¡Triste condición la de estos tiempos, descreídos en lo que referirse puede á todo lo revelado, y deja morir en el olvido á estas víctimas de la libertad y de la razón!

¡Son aberraciones humanas!

NICOLÁS DIAZ Y PÉREZ.

LA BATALLA DE CLAVIJO

I.

Nace la rosada aurora
llena de luz y alegría,
desvaneciéndose tinieblas,

formando las medias tintas
que el horizonte coloran,
para embellecer la cita
de amores, que en el Oriente
se dan la noche y el día.
Saludando la alborada,
mecen el aura y las brisas
de la arboleda el ramaje
frondoso, donde cobija
el ruiseñor sus hijuelos,
preludiando melodías
que arrebatan, que seducen,
que conmueven, que fascinan,
que deleitan, que suspenden,
que embelesan, que cautivan.

El poeta de las aves
gorjea, gime, suspira,
canta su amor y sus celos,
sus penas, sus alegrías,
y de su canción el eco
es la plegaria sencilla
que, recorriendo el espacio
al cielo sube propicia,
y llega al trono de Dios
y ante sus plantas se inclina.

Abren su cáliz las flores,
sobre su tallo vacilan,
se mecen, se balancean,
se dan besos, se acarician,
y una lágrima en sus hojas
ostenta la clavellina:
el lirio aterciopelado
saluda á la siempreviva;
y la azucena silvestre
con amorosa sonrisa
exhala grato perfume
y se conmueve y titila

al contemplar su hermosura
que se retrata en la linfa
del cristalino arroyuelo
que murmurando á su orilla
toma parte en el concierto,
en esa eterna armonía,
en esa santa oración,
muda, sublime, infinita,
con que la naturaleza
ensalza, canta y publica
himnos de paz y de amor
que al Omnipotente envía
con ese bello lirismo

que á naturaleza inspira,
para cantar sus grandezas,
sus glorias, sus maravillas.
El sol en el horizonte
al aparecer se admira,
y quiere retroceder
por no presenciar la lidia
que los campos de Clavijo
presenciarán; la morisma
y el cristianismo se aprestan
á luchar con valentía.

La media luna y la Cruz
se retan, se desafían;
el fanatismo y la fe
á dos pueblos acaudillan,
confiando á la victoria
el triunfo de sus doctrinas.
Muda de espanto la tierra
la humana sangre codicia:
suena el guerrero clarín
Y ya se aprestan las filas.
¿Quién serán los vencedores?
¿Será el hijo de la Libia,
del arenoso desierto
donde la palmera altiva
el aliento poderoso
del huracán desafía?

¡Dios mío, que venza España!
Patria y religión conquista!
¡Señor, protege á los buenos!
con ellos va la justicia;
ellos tu casa defienden;
en tí el cristiano confía:
en tí espero: á su favor,
Señor, la balanza inclina.

II

Como leones furiosos
se aprestan á la batalla:
todos pelean con fe:
todos tienen esperanza.

No dan descanso al acero:
fuego despiden las armas;
un vértigo los domina:
vibra el alfanje y la espada:
padecen las armaduras:
ociosas no están las lanzas.
La sangre corre á torrentes:
se agitan, van, vienen, bajan,
se retiran, acometen,
retroceden, adelantan:
cada tajo una cabeza:
un pecho cada estocada:
al golpe sigue un suspiro,
y quien un suspiro exhala
exhala con él un ¡ay!
y aquel ¡ay! se lleva un alma.
Reina el espanto y la muerte:
no se obedece al que manda:
rotos están los pendones:
difuntos quien los llevaba:
todos han muerto cual buenos
sin volver jamás la espalda.
Luchan los moros con brío:
los cristianos los rechazan;
mas ¡ay! los moros son más:
son fuerzas centuplicadas:
tienen tropas de refresco:
sobre los cristianos cargan,
y no hay poder que resista:
los rinden, los desbaratan.
Ya los hijos de la Cruz
se baten en retirada,
lentos de luto y oprobio
llorando el baldón de España;
todos morir ambicionan.
El moro ¡victoria! canta:
cual asolador torrente,
por donde camina, arrasa
cuanto á su paso se opone.
La noche tendió sus alas
y con fúnebre crespón
oculta nuestra desgracia.
Angeles á repartir
coronas, del cielo bajan,
ofreciendo á los que mueren
de los mártires la palma.
¿Dónde estás Dios de los buenos?
el rey D. Ramiro exclama.
con lágrimas en los ojos
en su tienda de campaña.
¡Señor, estamos vencidos
y defendemos tu causa!
Vuélvnos tu protección:
¡Señor, si nos desamparas
ya no hay salvación posible
para tu pueblo! Y es fama,
que Santiago en una nube
llega y le dice: «Mañana
yo pelearé contigo;
preséntales la batalla.
Sobre mi níveo corcel,
con mi fulminante espada
vendré en tu ayuda: cruz roja
flotando en bandera blanca
es mi lema en el combate:
Dios me envía: en paz descansa.»

III

Con esta visión, el Rey
la fe perdida recobra:
cuéntala á sus capitanes:
reune sus huestes rotas,
y quiere probar fortuna
apenas brille la aurora.
Quiero morir ó vencer:
vencido es hombre sin honra,
porque la derrota empañá
el brillo de su corona.
¿No está Santiago con él?
Entonces nada le importa,
que siempre á la Providencia
acompaña la victoria.
Desconfiar del Apóstol
no es propio de sangre goda,
y dan principio al combate
apenas el alba asoma.
La morisma, que en Clavijo
tiene sus reales, se asombra
al ver tamaña osadía:
juzgábase vencedora;
pero las huestes cristianas

á la lid hállanse prontas
por Dios, la patria y el rey.
Ya sus pendones tremolan:
ya de sus gritos el eco
resuena de loma en loma;
ya el moro apresta sus haces
sin cuento: tan numerosas
son, que con el triunfo cuentan:
torrente que se desborda
más fácil contener fuera:
el impetu de las olas
que la mar embravecida
estrella en gigantes rocas,
no puede igualar al choque
de la embestida; la ronca
voz imponente del trueno
que en noche tempestuosa
estremece el firmamento,
nunca fué tan pavorosa
como el confuso clamor
de las africanas hordas.
Cual avalancha de hielo
que del polo se desploma,
de una colina á la vega
como leones se arrojan;
son un torrente de lava;
su paso todo lo arrolla;
¿quién resistirá su empuje?...
Mermada hueste española,
muda, tranquila, serena,
tan grande peligro afronta;
corazones castellanos
latiendo están por su honra:
los bravos aragoneses
con impaciencia, la hora
esperan de pelear,
y á Dios con fervor invocan:
dan la señal de combate;
cristianos, ¡Dios os socorra!
En confuso torbellino
parece revuelta tromba,
que en gigantesta espiral
á las nubes se remonta.
Ruda es la lucha: la muerte
avara mil veces corta:
los cristianos retroceden,
cejan; su puesto recobran:
segunda vez los rechazan;
mas súbdito al viento flota
blanca bandera que ostenta
en su centro una cruz roja,
que sobre blanco corcel
bravo guerrero tremola:
invulnerable sin duda:
las armas en él se embotan:
los deslumbra, los altera,
los humilla y los derrota.
¡Santiago y á ellos! gritan,
y en su fuga vergonzosa
los victoriosos cristianos
hoy con usura se cobran.
La tradición de Clavijo
hazañas cuenta dudosas,
maravillosas leyendas
que rayan en fabulosas;
la tradición las respeta:
que las consigne la historia.
Si venció la *Providencia*,
bendita sea en buen hora;
si venció el pueblo español,
más grande será su gloria.

JOSÉ ALVAREZ SIERRA.

DOCUMENTOS INÉDITOS

REUNIDOS POR EL P. F. JUAN DE CISNEROS
(BENEDICTINO) Y PUBLICADOS
POR D. BERNARDINO MARTÍN MINGUEZ

Fundación del Monasterio de San Juan de Corias en el principado de Asturias, y dotación que le hicieron los condes Don Piniolo Ximenez y su mujer Doña Aldonza. Era MLX.

Año 1022. En el reino de Leon habia un conde de la ilustrísima sangre de los reyes de Asturias y Navarra, llamado D. Piniolo Ximenez. En su mocedad y juventud fué paje de lanza del Rey D. Alonso el V; de este nombre y de él y sus pasados hay muchas noticias en

las cartas reales de Asturias y Leon; tenia la mayor parte de sus tierras, villas y castillos en Asturias, á la parte de Cangas de Onís y Covadonga. Casó con una señora digna de tal marido, llamada doña Aldonza Nuñez ó Muñoz, bizneta ó descendiente del gran conde Don Nuño, primo del Rey D. Alonso, el Magno, y de la familia y casa de los Osorios, que en aquellos tiempos no era menos que real Tuvieron hijos, Oveco Pinioliz, y otros dos que no nos dexaron sus nombres, y todos murieron niños, sin heredar; llegaron los condes á ser muy viejos y sin esperanzas de tener hijo heredero, y como su hacienda era mucha, andaban con cuidado en qué manera dispondrían de ella como nuestro Señor más se merece. Era mayordomo de su casa un hombre tan verdaderamente cristiano, que le tenían por un santo. A esta tomó el Señor por instrumento para que dijese á los condes cómo él queria ser heredero de sus bienes. Junto á la villa de Cangas de Onís, en el mismo principado de Asturias, en un valle llamado de Corias, por donde corre el rio llamado Narsea, que es uno de los más caudalosos de esta provincia, apretándose entre unas muy altas sierras, estaba de tiempos antiguos una pequeña ermita, dedicada al glorioso mártir San Adrian, cerca de la corriente del rio, cubierta de yedra y otra maleza que el tiempo suele crear en semejantes edificios, viendo el Señor el cuidado en que los condes estaban de ordenar sus almas y disponer de su hacienda, quiso hacer á su precursor heredero de ella, con quien los condes tenían particular devoción, y así se sirvió de revelar al mayordomo esta determinación, diciéndole en sueños que dijese á sus amos como era la voluntad de Dios que en lugar donde estaba la ermita de San Adrian se fundase un Monasterio que fuese heredero de sus bienes y que se le dedicasen á San Juan Bautista; no dió crédito á la revelación primera ni segunda vez el mayordomo, pareciéndole cosa de sueños; mas acudió tercera vez, y dice una revelación muy antigua, escrita de mano, que le dió un golpe que le dejó señalado en el rostro, de manera que vino á entender ser cosa del cielo; descubriose á la condesa y la condesa lo dijo al conde, y acudiendo de la mano del Señor, confirmó sus corazones de manera que firmemente creyeron ser aquella la voluntad del Señor y se resolvieron los condes en poner por obra lo que por ella se ordenaba, fundando y dotando el Monasterio. Solo tenían una dificultad que se les hacia grave: que teniendo ellos tierras propias y muy acomodadas para el edificio y vida solitaria de los monges, que hubieran de fundar el Monasterio en aquella que era agena, y que los religiosos, que á solo Dios han de reconocer por superior, fuesen vasallos de ningún hombre de la tierra.

Reinaba en este tiempo D. Bermudo, el Junior, que desdichadamente murió junto á Tamara, tierra de Palencia, era 1074, cuya era la tierra de Corias; determinaron los condes comprársela, dándole por ella otra tal y mejor, y tratándolo con el Rey, fué contento de ello; con esto hicieron las cartas de trueque y cambio y los condes dieron al Rey de los lugares que tenían en Cangas de Onís, el Castro de Buron, el castillo de Santa Maria, el castillo de Lugas, el castillo de Aguilar, el castillo de Sobrerrone, el castillo de Fuentellano, el castillo de la Isla, sobre el rio Cayres, la mitad de Peñamelera, junto á Celairo, la mitad del Soto de Cabrales, en Ribassella; Andriago, en el valle de Celorio; Merena, en el valle de Pialongales; villas de Miliars y Villanueva, con otras heredades y posesiones de mucho precio. El Rey dió á los condes en pago de esto licencia para poder edificar el Monasterio en tierra de Corias, y acotó y señaló los términos de la jurisdicción civil y comunal con todos los derechos reales del coto de Corias, como consta de la escritura que de esto se otorgó entre el Rey y condes á 5.º de las kalendas de Abril, era 1060, echando el Rey terribles maldiciones contra los que fuesen contra ello, que sean de su linaje ó de otro cualquiera, que sea maldito, excomulgado, que sea mendigo, cubierto de lepra, que pierda la vista, que no merezca ver

los bienes de la celestial Jerusalem, ni paz en Israel, antes al contrario, como árbol infructífero sea maldito, reo infiel en el acatamiento sumo, etc.; que estas y otras tales lleven consejo á la otra vida los que en esta quitan codiciosamente sus haciendas á los Monasterios. Luego que los condes se vieron señores de aquella tierra, mandaron que se labrase un sumptuoso Monasterio, conforme á los edificios que en aquella edad, más guerrera que curiosa, traxeron monges de San Benito, con su abad, que pusieron en él. No hallo de qué parte fuesen estos monges; el abad se llamaba Arias, hombre tal, que vino á ser un notable prelado de la santa iglesia de Oviedo, como se dirá.

Eran los abades perpétuos, y cuando se les daba esta dignidad, el obispo en cuya diócesis estaba el monasterio lo bendecía y el abad lo daba obediencia en esta forma, que es al pie de la letra lo que el abad D. Lucas dió á don Froilano, obispo de Oviedo:

Ego Ariasus primus Coriensis abbas obedientiam et reverentiam á Sanctis Patribus constitutan quam iuxta Regulam beati Benedicti Abbates, suo episcopo exhibere tenentur tibi Froilano ovelensi episcopo et ecclesie tuae et successoribus tuis canonice linu perpetuam substituendis me exhibituram promitto et propria manu super sacrosantum altare confirmo subjectionem vero nullatenus tibi promitti vel faccio.

Hecha la casa y adornada de piedras, materiales y vivas, consagró el obispo la iglesia, dedicándola á Nuestra Señora y al bienaventurado precursor San Juan Bautista, y dicen que fué la primera una hermosa capilla labrada de fuerte cantera, donde están los condes sepultados y otros cuerpos ilustres, como se dirá en su lugar, y agora sirve de iglesia por haberse caído otra que hicieron despues de ésta, y se está labrando un hermoso templo, rompiendo muchos estados de peña viva, para darle sitio bastante, que por estar el Monasterio fundado entre el rio y sierras tan altas como dije, no lo tiene. Luego los condes dotaron su Monasterio, dándole lo necesario para el sustento de los ministros dél y fábrica. La carta de dotación fué en la forma siguiente:

Carta de dotación que los condes hicieron.

Ego Piniolus Ximenes (Comes et coniux mea Comittiosa Ildoncia Munionis facimus testamentum donationis Domino Nostro Jesucristo et Beate Mariae Virginis et Joanni Baptistae cuius basilicá sita est territorio Persicus super flumem Narcese et Abbate Arriano et omnibus ibidem servientibus tam futuris quam presentibus de rebus et possessionibus nostris ut ante Deum salvatorem nostrum in die tremenda veniam consequi mereamur peccatorum imprimis damus quantum habemus in illam villam de Corias sicut iam superius scriptum est Sta. Maria de Regula, Sta. Maria de Carraceda, Sta. Maria de Oban Zaro, S. Joannem de Aragonio istas quatuor ecclesias cum suis villis et pertinentiis quae habemus per ius aeternae commutationis á Froilano Episcopo et omni congregatione canonicorum a maximo usque ad minimum pro aliis quatuor melioribus et utilioribus suxta sedem oveti nonunatis Laureda, verzico obias Enolea quae fuerunt de parentibus nostris in Oboncaro unam villam in Pugnum aliam vilaram quae fuit de Froila Godines Rio Cervero media que fuit de danel in Errondo ullas tres quartas quae fuerunt de Bermudo Gutierrez in villa de illo territorio integra quae fuit de Gacesa Gaccessam-Almunia quae fuit de Tiltelo Gaseca illa villa de subtus Cangas quam vocant veiga quae fuit de Aquila superpera veig. Rebdes in Abbancia villamediana quae fuit de Anaia Eganiz et de Gordina in Navego illa villa de palacio quae fuit de sororibus nostris Auria et Munia donadamus et illum Monasterium Sancti Martini de Nesulio cum suis pertinentiis et peculiaribus Errondo Sanctum Romanum Leresedo, Sanctum Petrum de illo monte, Sta. Eulaliam de Aquanis cum totis nostris mancipiis ibidem habitantibus aliamque ecclesiam ibi damus cum suis pertinentiis videlicet S. Joannem de Villa

Verde cum sua villa Abanella Perulieda villa Maiure, Sta. Eulalia Nucada fontes Laurante villa ferd in aure illasdues tertias de villa Xouti cum nostris mancipiis filiis de Plaudo et filiis de fratre fortes in valle de Osces Maon et Perdigueros in Miraso Veiga cum suis pertinentibus et mancipiis ibi habitantibus Texero cum suis terminis Pedredos ambos Medios Villamediana integra cum tota nostra (hay un claro, quizás sea para *hereditate*) en Tiniego per lucas S. Estephano de Ero Lamego Fielgueras in haras Bragalonga Alteo in Santo de Nareira Monasterium S. Joannis de Santo cum suis villis et servis videlicet Tugnuas, Santero, Ovelié, in valdes Menes cum totis suis montibus et bastis longe briga de Belves Monasterium S. Micælis de cano cum suis peculiaribus videlicet S. Felice Raño Caba Calcias et cum totis alus hæreditatibus ei pertinentibus et cum servis istis juxta Juliano Cid Garceaniz et nepotis suis filiis de Neira Gudilo Albaro Micælis cum filiis suis villa de Almunia quæ est super Flumine presulo cum filiis sanietis foris illo maure quem ingenuamus illam villam de Otur et de varones cum suis pertinentibus et servis, ripa de Nausa, Monasterium S. Antonini de Villanova cum posesionibus et servis inter Nauia et Prucia Monasterium Sta. Mariæ de Mudes cum ecclesiis et cum vallibus et servis et ancillis Monasterium S. Martin et Montares cum vallibus et se mis et ancillis et este pram Monasterium in Arrogio quod dicitur Sarras ordenamus autem de istis Monasteriis de Barcena et de Canero de Mudes quod tertia prar omnium redituum eorum detur Ceriensi ecclesiæ et alixedua remaneant habitantibus in eis hospitibus suscipiendis et sumpibus suis damus autem servos istos de tribu Ismaelitarum Gredo cum filiis suis Bidia Felix S. Pirius cum quinque filiis Almanus et Columba cum septem filiis Besculo Fernando Azenar Tello Marque cum sex filiis Cid Joannes Gusteo Garcia Enego Creiza Cid Alvariz Xemena Vesterla cum filiis suis Joannis Sarrazinuz cum suobro Sarrazino Joannes Vincentim Buisano et uxor eius Juliana cum filiis suis Martino Guisildo Velazquida Cid Joannis et uxor ejus Ermida nepos de Piniola Roderico Cidi Maria Pelagio Enaque nepto de Cromatio isti sunt servi quod dedit rex Veremundus comiti Piniolo in illa mandatione de illa tertia de Cangas didacus Moniz cum filiis suis, dominico Nuvilo Arcaya cum filiis suis, Froyla cum filiis suis Petronia cum filiis suis filiis Aragonti cum Esta Petrus Sarrazinez, Frodesecio Vilifonso Estephano et a uxor eius Toda marcellus cum uxore sua iuxta Alvariz et uxorinis ordonius dona Egilaz, dona Vistiz Menendo, Malara, Flamula, Masara, Ferdinandus Vistiz Hernutenda Froila Bellido Seranianiz et uxor erus Bellida Xemena Aluavus Onequez cum filiis suis Bellido Guillifrediz et uxor suis Orraca Fernandi Xemena Nuñiz Garcea et uxor eino Cidi filii de didaco Sagudiz Huarus Justi et uxor suis. Nos indigni atque peccatores Pindus et Ildencia ordinamus et constituimus ut omnes vicini seu extranei quos loci possibilitas portuent sustinere qui in Monasterio Coriensi volverint sub regula beate Benedicti militare, et habeant potestatem in omnia eiusdem Monasterii de Tunc spectantia vendicare aique defendere nec alienare nec venere. Si autem aliquis de servis nostris huic sancto loco in aliquo contrarius extiterit nuet sit monachus sino clericus ad pristinam revocetur et centum ictibus flageletur omnes autem servi nostri laici semper in septimana laborent duos dies quale opus inoexerit ei Abbas Coriensis sub expensis ins Monasterii et alois quatuor dies laborent quod volverint pro animabus nostris et nullum dominum habeant nui Coriensem Abatem qui autem anuir precepto nostro rebelis extiterit ad servitium fiscale revocetur et centum flagela suscipiat in festo S. Joannis Baptistæ dent centum Monasterio Coriensi de Micidis Modio de escandade sali modio piscatum satis adspendendum de Mantares et de Canero alzum centum de Barcena modio de Scaula medio de Sicera carnem abundantur de Sancto Joanne de Santo modio et escanha

medio de sicera carnes abundantur de Sancto Joanne de Villaverde aluid tantum Abbas autem et cultores ecclesiæ Coriensis potestatem habeant commiltere ins patronorum istius Monasterii Coriensis cui volverint qui eos bene deffendat sine domino Pape seu Regi seu cuilibet potesti personæ volverint ut propinqui nostri nullum in eo habeant numquam dominium qui vero itus sancti nostri tramgressor extiterit sit maledictus usque in semperternam generationem et omnes maledictiones quæ continentur in sacris Scripturis veniant super eum a corpore et sanguini domini segregetur et cum luda proditore in inferno inferiori habeat penas et quantum inde sacrilege abstulerit in quadruplum restituat ecclesiæ et Regiæ maiestati sub era MLXXX (1044)

De esta fundacion por señalada, hace mencion Sampiro, y dice cómo fundó el conde este Monasterio en Kaurias, que así llama la tierra; engañase en la era, que dice fué MLXXX, y debe de entender por ello el año de Cristo, y así viene á ser era MLXIV, que en este tiempo se labraba el Monasterio.

Cómo se unió con la Santa Iglesia de Oviedo

Deseando los condes la perpetuidad de esta obra, pareciéndoles que la parte más segura con quien podía unirse é incorporarse era la Santa Iglesia de Oviedo y su Obispo, en cuya diócesis estaba á 25 de Abril, era 1082, 18 años después que la dotaron, la unieron con el cabildo de Oviedo y dieron que el cabildo tuviese aquel derecho de visitar y corregir que tenia en su propia Iglesia, y con condición que siempre se guardase con toda observancia y puntualidad la regla de San Benito, y de esto hicieron una escritura y en la data de ella decían:

Cui quippe Monasterio damus et concedimus omnes hæreditates nostras Monasterio villas hæreditates adquisiciones comparaciones ganancias servos ancillas et quidquid cernimus possidere in presente sæculo á dario flumine usque ad oceanum mare á Boue flumine usque flumium de Bam quod sane Monasterium nostra subiragationes dedicatum est á domino Froila Ovetensi pontifice eius dedicationis die officium monasterium dedimus et concessimus Ovetensi ecclesiæ hac sub-scripta determinatione, etc. Reinando en Leon D. Fernando con su mujer doña Sancha y confirman esta escritura Froilanus, Episcopus, Ciprianus, Legionensis, Episcopus, Didacus, Astoricensis Cresconius (que fué monjer de Gelanova Iriensis Episcopus, Virtrarius Lucensis Suavins Mindunesis) hallándose presentes muchos nobles que se nombran en la escritura que es del archivo de Oviedo. Con esto llegó el Monasterio á ser muy rico y poderoso como lo eran los condes que le dejaron quanto tenían desde Duero hasta el mar de Asturias y con haberse perdido la mayor parte por negligencia y mal gobierno de los pasados, es al presente uno de los ricos y principales Monasterios de la congregacion y el que es mas de Asturias.

De los condes, de su casa y su familia.

Es tan dificultoso este punto de averiguar, que me parece moralmente ser imposible poder descubrir una linea recta y verdadera de los nobles de aquel tiempo, porque nos faltan dos luces que nos pudieran ambas ó una de ellas alumbrar, que son no haber mayorazgos en cuyas cabezas se tenían conservado las haciendas como en hijos ó parientes más cercanos. La segunda ni apellidos de linajes, casas solariegas y familias, aunque como los apellidos eran los nombres patronímicos; en una edad había muchos que se llamaban Velas ó Velázquez, González Tellez, etc., que por ninguna vía fuesen parientes, y lo mismo hay cuando tomaban el cuño ó apellido del lugar donde vivían, pues muchos naturales de aquel lugar podían ser de un apellido sin ser parientes.

Por los privilegios podremos descubrir los nobles de aquellos tiempos, porque ellos solos los confirmaban más mal sus descendientes; algunas casas hay hoy día, que sin duda son descendientes de los nobles antiguos, porque

ni entonces ni ahora sus apellidos nacieron de los patrimonios ni son de los lugares en que vivían, como son Osorios, Osoriz, Manrique, Sardeval, etc.: tales eran los Peniolo, mas este apellido hace muchos años que no se usa en el libro Becerro de este Monasterio: tratando de la fundación del Monasterio de Barcena, que ahora es priorato, hallé esta Memoria:

Comes vela et uxor ejus Comitissa Totilde edificaverunt de novo Monasterium S. Michaelis de Barcena et habuerunt quatuor filios veremutus Velas, Saricius Velas, Oueco Velas, Xemena Velas fuit mater comitiva Aragonti de qua Aragonti natus est Piniolus Comes de illis aliis tribus non habemus generationem quia mortinis sunt absque filiis.

Según esta memoria, el deudo D. Peniolo, por parte de su madre, era de los Velas que ahora llaman Velázquez y de los Ximenez, que eran los linajes ilustrísimos los Velázquez de esta tierra y los Ximenez de los reyes de Navarra; estos caballeros vinieron á ser herederos y casi naturales del Reino de León. En escrituras que he visto de la Era 819, hallo á Ximeno que confirma la carta de fundación de Obona; Era 961 á Ximeno Garcia; Era 962-64 Ximeno Ximenez; Era 983 Lope Ximenez; Era 990 Peniolo Ximenez, alferéz del rey don Bermudo; Era 1016 Ximeno Sánchez, Ximeno Fortunez; Era 1036 Ximeno Xamxon, Froila Ximenez; Era 1048 Xunenus Xemenez; Era 973 halla al Conde D. Vela que se llamaba Velasco, que es de quien dice la Memoria que edificó el Monasterio de Barcena y que fué padre de Ximena Velas, abuela de nuestro conde; Era 975 Fortunio Belasco y de parte de los Peniolo hallo Era 984 al conde D. Peniol, 990 Peniol Ximenez, alferéz del rey don Bermudo; Era 1007 requisitus Peniolis; 1019 Sundemalus Penioli, paje de lanza del rey D. Ramiro, Oveco Peniolis; 1026 Nuño Peniolis; 1031 Peniolis; 1036 Gundamarus Peniolis Peniolus Frutinez; 1053 Olalio Peniolis; 1057 anno conde page de armas del rey y lo mismo 1069, 1075, 1082, 1086. Estos parientes del conde he podido descubrir por los privilegios que he visto y claramente hallo que se acabó en él esta ilustrísima familia, porque desde la Era 1088, en que es donde murió hasta hoy día, no he visto Memoria de este nombre.

Sus armas del conde, que se hallan en piedras y pinturas antiquísimas del Monasterio, son tres bandas azules entre otras, ó en campo amarillo y encima de la banda amarilla tres flor de lises de oro sobre azul y sobre la de enmedio un castillo de oro en el mismo campo, y á los lados del castillo dos serafines.

Murió el conde á 22 de Mayo, Era 1088. Está sepultado en el crucero al lado del Evangelio de aquella primera capilla que en la obra de este Monasterio se edificó en una gran arca de piedras sembrada de veneras labradas en la tapa, y en ella está en letras góticas con algunas cifras: *In presenti reclusus Lapide hoc requiescit famulus dei Piniolus Christiferus defunctus obiit XI kalendas Junii, Era LXXXVIII (año 1050, Era 1088) L—M.*

De la condesa doña Aldonza Muñóz (fundadora).

Aunque, como dije, es cosa muy dificultosa poder averiguar la descendencia de las casas antiguas, de las grandes y nobles del reino, porque ni tenían mayorazgos ni apellidos propios por donde descubrir y probar la verdad; mas con todo esto, en algunas familias (y eran las más granadas), usaron de nombres que cuando en el padre era propio, en el hijo era apellido y en el nieto volvía á ser nombre propio y nunca salía de esta familia; sino que solos los que eran lo usaban y no otro alguno, como agora ninguno se llama Manrique que no lo sea poco ó mucho, y aun en aquellos tiempos se usaba esto con más rigor que ahora, que solía haber pesadumbres que llegaban á muertes y desafíos; de suerte, que su nombre ni armas nadie se atreviera á tomarlas si no le tocaba en algo, y cuando se atrevan por armas ó por justicia se las quitaban las familias que en esta manera usaban de sus propios nombres fueron Ossorios, Velascos,

Muñoz, Nuñez, Alvarez, Tello y tengo para mí que Nuñez y Muñoz eran de una sangre y casa.

BALADAS AMERICANAS

POR

LUIS RICARDO FORTS (1)

INGRATITUD

(Apólogo guaycurú.)

Un guerrero guaycurú cabalgaba sobre su pangaré (2) más veloz que el rayo.

En medio de la selva oye una voz lastimera que lo llama; vuelve la cabeza y ve una inmensa serpiente de cascabel que se retuerce entre la yerba, dentro de un círculo de fuego.

—¡En nombre de Nanigogigo (3), sálvame la vida!—exclama el terrible reptil.

El ginete se conmueve á sus lamentos y tiende la lanza hasta tocar el círculo de fuego. La serpiente se enrosca en ella y el caballero la acerca á su caballo.

Pero el guerrero es de alma noble; ve las quemaduras de la serpiente y se apea para curarlas con grasa de ñandú. (4)

El reptil entonces se enrosca presuroso en las piernas de su salvador, va encaramándose por su cuerpo, y al llegar al cuello trata de oprimirlo como un anillo de hierro.

—¿Qué haces?—grita el hombre con voz ahogada.

—Quiero extrangularte—le dice el cascabel.

Y las terribles ligaduras de su cuerpo se estrechan con mayor fuerza.

—¡Ay de mí! ¡Esta es la recompensa que me reservas por haberte salvado la vida!—murmura el Guaycurú.

Entonces la serpiente cesa de apretar sus férreos anillos.

—Oye—dice á su presa,—me acusas sin razón. Debes sufrir la ley universal: esta ley es recibir mal por bien.

—¡Ingrato!—exclama el hombre

—¡Inocente!—grita el reptil.—Para que no me acuses de ingratitud, te concedo una hora de vida y te vencerás de mi razón.

El cuello del guaycurú quedó libre.

El pangaré, sediento, descubrió un río cercano y corrió á él, metiéndose en las ondas hasta los espejuelos.

La corriente empezó á lamentarse.

—¿Qué tienes?—preguntó el guerrero.

—Lloro la ingratitud de que soy víctima.

»Yo ofrezco mis aguas cristalinas para apagar la sed de los que pasan.

»Y las bestias entran en mi lecho y enturbian mi pureza y transparencia en pago de mis servicios.»

—Primera prueba—exclamó la serpiente.

—La culpa es de los animales y no de los hombres—contestó el indio.

Mientras bajaban por las orillas del río Cuyabá, volvieron á oír gemidos.

Eran los de una esbelta palmera, en cuyo tronco hallábase abierta y chorreando sávia una profunda herida.

—¿Qué te sucede?—le preguntó el Guaycurú.

—¡Ah! ¡Los hombres son ingratos!—respondió el árbol.

»Mis ramas les protegen contra los rayos del sol; mis hojas les brindan riquísima goma y mis frutos les confortan y refrescan.

»En cambio de mis dones, rasgan mis carnes con sus puñales y beben la sangre de mis heridas para apagar su sed.»

—Esta vez—observó el reptil—el hombre es el culpable. Prosigamos nuestro camino.

Y penetraron en un espeso bosque.

El guaycurú, siempre taciturno y seguido de su fiel caballo.

El cascabel, enroscado siempre en el cuello del Guaycurú.

(1) Véase el número 7.º de LA AMÉRICA.

(2) Nombre de los caballos de capa rojiza con cabos negruzcos y morro negro.

(3) Nombre que los indios guaycurús daban á Dios.

(4) Nombre del avestruz en Sud-América.

Al pié de un quebracho gigante vieron á un mono que sollozaba, con el brazo metido dentro de una larga bolsa.

—¿Qué te aflige?—le preguntó el guerrero.

—Me quejo—observó el mono—de que sólo los perversos dominan el mundo.

»Yo encontré un jaguar herido, y le arranqué la flecha que le quitaba la vida.

»Me pidió de comer en su desfallecimiento, y fuí á la choza vecina en busca de dos gallinas, que saciaron su apetito.

»Me pidió leche para lavar su herida, y corrí á ordeñar una vaca para él.

»Prometiome recompensar mis servicios, y destrozó mi piel con sus garras, dispuesto á devorarme.

»Logré escapar de aquella fiera, y aquí me tenéis llorando la ingratitud de los animales.»

La serpiente se volvió entonces al guerrero, y le dijo:

—Hé aquí la tercera prueba que te he ofrecido. Ya ves que, tanto entre los animales como entre los hombres, los buenos son víctimas de los malos. Aprontate á sufrir la ley universal. Vas á morir.

Y el reptil empezó á oprimir de nuevo la garganta del Guaycurú.

—¡Ay de mí!—gritó el mono.—Mis dolores son insufribles. Venid, socorredme por piedad; lavad mis heridas con la leche que se encuentra guardada dentro de este saco.

La serpiente se detuvo.

—Bebamos la leche del mono—pensó en silencio —y después encontraré más deliciosa la sangre del hombre.

Y pensando de este modo fué aflojando los anillos con que aprisionaba al guerrero; deslizóse por el cuerpo de éste hasta el suelo, y se arrastró hasta el lugar en que se encontraba el mono.

—¡Imbecil!—le dijo.—Tienes bien merecido lo que te pasa. ¿En dónde está la leche?

—La guardo en una cuya (1) en el fondo de esta bolsa, y las heridas de mi brazo me impiden alcanzarla.

El cascabel metió la cabeza en la abertura del saco y penetró en el interior para beber la codiciada leche.

Entonces el mono apretó las cuerdas de la bolsa y aprisionó al reptil.

—¿Qué haces?—gritó la serpiente con espanto.

—Castigar las maldades y vengar á tus víctimas.

Y haciendo voltear con fuerza el saco, lo lanzó contra el tronco de una ceiba, aplastando á la serpiente.

Después acercóse al guerrero y le dirigió estos consejos:

—Los males impunes de los malvados les hace creer que son señores del mundo.

»Cuentan con su audacia para perseguir á los buenos; pero el Sér Grande no aparta de ellos su mirada.

»El triunfo de los perversos durará poco tiempo, y el día de la expiación jamás deja de llegar.

»Haz el bien, y Nanigogigo no te abandonará.

»Las tribulaciones que te aflijan harán brillar mejor tu virtud.

»Guerrero: sigue tu camino.

»Teme á Nanigogigo, y no tiembles ante los malvados.»

El hombre quiso agradecer al animal su servicio; pero el mono alcanzó de un brinco las flotantes raíces de un *higuerón* inmenso, perdiéndose á grandes saltos entre las ramas de los durísimos *ybiraros* y gigantescos *timbés*.

KALINAGO

(De las fábulas y costumbres caribes.)

En la lengua de tierra que rompe las espumas del mar, nació Kalinago.

Kalinago era el más fuerte entre los fuertes, y una mañana resolvió extender el dominio de la raza Apalche. (2)

Frente á las tierras de los Apalches se perdían de vista las aguas del mar.

Entre las olas se descubrían tantas islas como lunas.

(1) *Cuya* es el nombre de una especie de calabaza en que se suele sorber *maté*, beber agua y llevar líquidos, según sus dimensiones.

(2) Según los escritores del tiempo de la conquista, los caribes de las Antillas descendían de los indios Apalches de la Florida: *la lengua de tierra que rompe las espumas del mar*.

Y las lunas son numerosas en cada año, y los años son imposibles de contar.

Kalinago y sus mujeres, y los hijos de Kalinago, y las mujeres de sus hijos y gran muchedumbre de guerreros, abandonaron la tierra Apalche y navegaron con rumbo á las aguas del Mediodía.

El caudillo llegó á una isla cubierta de árboles y flores de todas clases.

Pero sus habitantes se opusieron á su paso.

La guerra duró muchas lunas; mas Kalinago consiguió exterminar á sus contrarios y se apoderó del país.

Entonces cayó sobre los hombres el aliento del Mal Espíritu.

Los hijos del vencedor resolvieron dividirse el mando de la isla, y adormecieron á su padre con un zumo maldito.

Kalinago no despertó.

Su cuerpo quedó inmóvil para siempre y se descompuso en el fondo de la tierra; pero su espíritu mudó de forma.

El espíritu de Kalinago tomó la apariencia de un monstruo del mar.

Desde aquel momento recorría las orillas de la isla en figura espantosa de Atraioman, (1) aterrizaba á sus asesinos y llenaba de dolores sus cabezas.

Entonces los hijos de Kalinago abandonaron el país, recorrieron las otras islas que cubren aquellos mares, y lucharon valientemente con sus habitantes.

Así los descendientes de los Apalches se hicieron dueños de tantas islas como todas las lunas de muchos años.

Y en todas ellas sufrieron la pena que les impuso el sol por la muerte de Kalinago.

Ninguno podía empuñar las armas, ni recibir el honor de la guerra, ni tener la gloria de matar un guerrero de la nación Arruaga, sin pasar por los tormentos de la edad viril.

Para librarse de los maleficios de los Mapoyas (2), habían de sufrir los dolores prescritos por Jcheirí (3).

Esta es la ley de Jcheirí:

«El varón no será hombre fuerte, ni será digno de la guerra, ni podrá gozar de una compañera, sin que antes su padre lo conduzca hasta el poste del Carbet (4).

»Y el padre quebrantará con fuerza la cabeza del Mansfenil sobre la cabeza de su hijo (5).

»Además, el joven será desgarrado en sus carnes con dientes de aguti.

»Sus heridas serán empapadas con los jugos de las plantas más dolorosas.

»El padre golpeará sin compasión todos los huesos del mancebo.

»Y torcerá sus miembros.

»Y magullará todo su cuerpo.

»Y oprimirá sus fauces hasta que mire á través de la sangre de sus ojos.

»Después el hijo será depositado tres días en la hamaca, y la hamaca elevada hasta la mayor altura del Carbet, y su cuerpo permanecerá sin recibir cuidado ni alimento alguno.

»Pasados los tres días correrá el mancebo en libertad, mostrará su destreza en el manejo de las armas, y lucirá su fuerza en los ejercicios de la guerra.

»Después la tribu le aclamará como guerrero y tomará otro nombre.

»Entonces será varón, y tendrá compañera y podrá derramar sangre arruaga.»

Estos son los preceptos del bondadoso Jcheirí.

Así se perpetúa, entre los dominadores de las islas, la expiación de la muerte de Kalinago.

Así se hará eterna la pena de los que cortaron los días del valeroso Apalche de la lengua de tierra que se dirige al Sur.

LA SENDA DE ESPINAS

A MI AMIGO CARLOS GUAZA

Siempre te habrá llamado extraordinariamente la atención, mi querido amigo, y no sin

(1) Monstruo marino que aterrizzaba á los indios de las Antillas.

(2) Espiritus impuros de la mitología caribe.

(3) Deidad benéfica de los caribes.

(4) Casa comunal de las poblaciones de caribes, que tenía de sesenta á ochenta piés de largo, y que se construía en medio de cada aldea ó agrupación de habitaciones.

(5) *Mansfenil* era un águila de las Antillas.

motivo, el que todos los genios superiores, los autores de esas admirables creaciones que han conseguido entusiasmar, no sólo á un pueblo, sino al mundo entero, han nacido y vivido en las condiciones más humildes. Pero esto, en realidad, no debe sorprenderte, porque el hombre ha nacido para vencer y dominar; los obstáculos lo agujonean á marchar siempre adelante; la facilidad de la victoria le hastia y desanima. Todos deseamos poseer aquello que está más lejos de nuestro alcance; desde el instante en que lo conseguimos, ya carece de valor á nuestros propios ojos. Las privaciones materiales comunican más intensidad al espíritu; la superabundancia de bienes lo enervan y destruyen.

Sin embargo, nada más triste y doloroso que el espectáculo del genio, luchando con la miseria y toda clase de privaciones.

Cuando se leen las biografías de todos los grandes genios que han consagrado su existencia al cultivo de las musas, y se medita un instante sobre su vida, descúbrese impresa en ella la mano de la fatalidad, arrastrando al poeta, á través de aplausos y laureles, por el infortunio y la necesidad.

Ellos, inspirados, por la divina llama del genio, pulsarán la lira, arrancando al mundo gritos de asombro con la armonía de sus cantares y la belleza de sus imperecederas creaciones; honrarán su nombre dándole fama eterna; cubrirán su patria de gloria... pero ¡cuántas lágrimas, cuántas necesidades, cuántas miserias no encontrarán en la senda del aplauso! ¡Cuántas veces se ve al poeta ceñida su frente por el laurel de la gloria, sin un pedazo de pan que llevar á su boca, sin un albergue donde cobijarse!

Entre la aspiración á la gloria y á la celebridad hay infinitas é invencibles barreras.

Figúrate un escritor que concibe una de esas grandes obras que llegan á ser aplaudidas por propios y por extraños; una de esas obras que contribuyen al esplendor de los pueblos, que ejercen una influencia en las sociedades.

El que tal vez mañana despertará la admiración del universo, piensa en su obra copiando pliegos de curia, aserrando madera ó en la antesala de un ministro á quien va á pedir una plaza de escribiente, todo con el objeto de ganar el sustento.

Homero, Tasso, Milton, Cervantes, Ariosto, Camoens, Ercilla, genios desgraciados sobre los que pesó siempre la férrea mano del adverso destino, seres extraordinarios que vinieron al mundo con el germen de extrañas ideas en la mente y de dolores inmensos en el corazón, que surgieron á la vida empuñando la palma de la gloria y se hundieron en la muerte abrazando la palma del martirio, ellos no pudieron explicarnos la causa de sus singulares y dolorosos destinos, pero nos demostraron que no hay para el genio otro patrimonio que la desgracia, ni hay para la gloria otro camino que el sufrimiento.

Todos los genios de todas las naciones han seguido esta senda de espinas.

España dejó vivir en la miseria á Cervantes; Italia al Tasso; Portugal á Camoens; Inglaterra á Milton.

Nada tienen que reprocharse las unas á las otras.

¡Triste suerte la del poeta! Consagrar su vida y su genio para dar renombre eterno al pueblo en que naciera; cantar sus tradiciones, sus leyendas, sus glorias y sus triunfos para enaltecerla y honrarla, y ella, en cambio, le recompensará con lágrimas, hambre y miseria: única y verdadera corona que, durante su vida, ha recogido hasta ahora el poeta de la patria á quien honró con sus cantares.

Una vez muerto, una vez apagada la ardiente llama de su creadora fantasía, todo es estatuas, coronas, laureles... pero hasta entonces nadie se acuerda de su indigencia, nadie enjuga sus lágrimas.

Veamos ahora cuál ha sido la suerte de los primeros y más ilustres hijos de las musas.

Para ello no tenemos más que recorrer las brillantes páginas de la historia, y allí tropezaremos con mil nombres, nos detendremos

ante mil grandiosas páginas, que á medida que los siglos pasan van creciendo en esplendor; parecen elevadas pirámides que la humanidad va dejando en su camino como recuerdos de las glorias que cada generación ha conquistado y de los servicios que ha prestado á la causa eterna del progreso, en todos y cada uno de los ramos de la humana actividad.

El primer nombre ilustre con que tropezamos es Homero; el primer poeta del mundo, el rey de los genios, el divino cantor de la *Iliada*, obra nacional y religiosa á la vez, en la que se hallan retratadas las costumbres de los griegos, las hazañas de sus héroes y las fábulas de sus dioses, en versos á que jamás pudieron llegar los de ninguna lengua. Apesar de esto, tuvo que vivir recorriendo la Grecia, su patria, de ciudad en ciudad, ciego y miserable, pulsando su lira y recitando sus versos sublimes en las calles, para ganar la subsistencia. ¡A tal condición se vió reducido durante su vida el hijo favorito de las musas! Después de su muerte, siete ciudades de Grecia se disputaron la honra de haberle visto nacer; pero esto no fué obstáculo para que las siete le dejaran morir de hambre.

Después tropezamos con el nombre del inspirado cantor de *La Jerusalén libertada*, del cisne de Sorrento, del generoso y tiernísimo Torcuato Tasso, otro ejemplo, el más claro tal vez, en comprobación de lo que venimos diciendo.

Reflexionando Chateaubriand sobre la vida de este gran genio de la Italia, exclamaba: «Si hay vida que deba hacer desear de la felicidad para los hombres de talento, es la del Tasso.»

Milton, el Homero inglés, ciego también como el ilustre cantor de la Grecia y tan pobre como aquél, se vió en la imperiosa necesidad de vender su *Paraíso perdido* en diez libras esterlinas, estipulándose en el contrato que sólo se le daría la mitad del precio en el caso de que se hiciera una segunda edición. Este poema, que ha venido á ser luego el primer monumento de gloria de Inglaterra, ha valido millones á la familia del librero; pero ni éste, apesar de deberle á Milton la fortuna, ni su patria á quien dió tanta gloria, hicieron nada para sacarle del estado de indigencia en que murió.

Y, ¿dónde está el túmulo, la losa, la inscripción que colocó España sobre los restos de Miguel Cervantes Saavedra, que extendió sobre ella una atmósfera de gloria que llevó su nombre por los confines del orbe, que viviendo siempre pobre supo legarla al morir un tesoro tan grande que amengua todos los tesoros del mundo, los tesoros de la inmortalidad...?

¡Ah! La patria no supo guardar los despojos de tan ilustre hijo, y hoy es ya imposible consagrarle un cenotafio digno de su grandeza.

Triste, muy triste es confesarlo; pero el ilustre manco de Lepanto, el Principe de los ingenios españoles, hoy es objeto de la admiración del mundo entero; pero no impidió que la patria, á quien tanto renombre ha dado, le dejara morir en la gran estrechez y miseria, y como si esto no fuera bastante, dejara después de su muerte yacer en el olvido los restos mortales de tan insigne escritor. ¡La sepultura de Cervantes es desconocida para su patria!

El primer ingenio portugués, Luis Camoens, siguió también el triste destino de los grandes maestros de la literatura. Soldado de las Indias, donde estuvo peleando por su patria, volvió á ella para darla más gloria que la que hasta ahora había conseguido en sus combates, publicando su gran poema *Os Lusíadas*; pero ni de soldado ni de poeta le abandonó jamás su fatal estrella: así es que en los últimos días de su vida vivió en la mayor indigencia, llegando su necesidad hasta el extremo de tener que ir un esclavo, que le había seguido desde las Indias, pidiendo una limosna de puerta en puerta por las casas de Lisboa, para el primero de los ingenios portugueses.

La vida de Alonso Ercilla, el cantor épico de España, es casi la misma que la del genio

portugués que acabamos de reseñar. Soldado y poeta, peleó por su patria en Italia y América, y la dió también renombre y fama cantando su *Araucana*; mas ni la espada ni la pluma, puestas siempre al servicio de su patria, bastaron á sacarle del estado de pobreza y estrechez en que acabó sus últimos días.

No proseguiré más; los ejemplos que he citado dicen muy elocuentemente cuál es la senda de espinas que han tenido que recorrer todos aquellos genios que han luchado con la escasez de la fortuna y la falta de protección de sus contemporáneos, obteniendo raras veces el premio á que se hicieron acreedores.

Ellos son, sin embargo, los que levantan la aureola de gloria con que la patria se ve enaltecida y honrada ante las naciones cultas; ellos los que cubren de fecundos recuerdos el pasado del país que los vió nacer; los genios ilustres, en fin, son los promovedores de la civilización, por lo que tanto se afanan las sociedades modernas.

Y, no obstante, por cada aplauso han tenido que derramar muchas lágrimas; por cada laurel un mundo de pesares; por cada triunfo una corona de dolores. Si pudiéramos sorprender los pensamientos más recónditos de su alma; si considerásemos desapasionadamente el papel que representaron en el mundo, nos convenceríamos de que ninguno habrá sido feliz, de que ninguno estuvo conforme con su suerte, de que todos sufrieron amarguísimos desengaños, de que acaso todos se arrepintieron de haber servido á su patria como la sirvieron.

Verdad que todos han sido celebrados y aplaudidos después de muertos; pero sus trabajos, tan aplaudidos y admirados hoy, no bastaron á asegurarles una cómoda subsistencia, ni á legar á sus hijos otra cosa que la gloria de sus nombres esclarecidos.

¡Quiera el cielo que en adelante esta senda de espinas y abrojos se convierta en frondosa alfombra de perfumadas flores que abran gozosas su cáliz para prestar su embriagador aroma á quien la naturaleza adornó con todos sus encantos!

A. GUERRA Y ALARCÓN.

LUISITA

Yo ví tu dulce cuna rodeada
del puro nimbo del amor materno;
ví tu rostro cual flor que abre su cáliz
á las mansas caricias de los céfiros...
Tú no te acuerdas, no; yo te quería
con un amor tan acendrado y tierno,
que á haber tomado vida nuestras vidas
del mismo sér, y haber el mismo pecho
nutrido mi existencia y tu existencia,
no fuera mi cariño más intenso,
ni fueras más hermana de mi alma
que lo eras por mi amor y mi deseo;
mis labios sin cesar te repetían
entre ósculos tiernos:
¡habrá quien te quiera
como yo te quiero!

Trascurrieron los años, yo creía
el mundo todo un árido desierto;
mas te vuelvo á encontrar, Luisa, tan bella,
que uniendo del pasado los recuerdos
á tus puros encantos juveniles,
olvido el mundo y con placer te veo
mujer ya, sin dejar de ser el ángel,
y te ama igual... no, ¡mucho más, mi pecho!
Miro rendir á tus encantos, Luisa,
mil protestas de amor, mil juramentos,
y á los que aspiran á obtener la palma
de tu cariño... ¡casi los detesto!.....

¡No es un impulso vil, hermana mía,
es... que tengo miedo
de que no te quieran
como yo te quiero!....

R. ORTÍZ Y BENEYTO.

EL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO

Dada ya una ligera descripción geográfica del Archipiélago filipino, y señaladas sus condiciones climatológicas, aun cuando sobre este punto tendremos aún que insistir, vamos hoy a ocuparnos del reino mineral de este hermoso país.

En todas sus manifestaciones ofrece el suelo filipino el aspecto de un país volcánico, y de que lo es dan buena prueba, además de sus piedras quebradizas, lavas, basaltos, azufre en fusión y aguas termales, los cráteres de volcanes, extinguidos unos y otros en acción.

Ofrece el reino mineral la mayor variedad y riqueza imaginables, siendo los principales de sus metales el oro y el hierro, que se encuentran en la generalidad de sus islas, particularmente el primero, que es arrastrado por las aguas que parecen empeñadas en mostrar al hombre los inmensos tesoros que se encierran bajo aquellas montañas, y que, dicho sea de paso, es empeño inútil, toda vez que el hombre, ó no toma en consideración tan preciado aviso, ó aprovecha lo que las aguas le ofrecen como muestra de ocultos flores.

Ya hemos dicho que generalmente se encuentra el oro en todas las islas del Archipiélago; pero debemos hacer mención, por serlo en gran abundancia, en *Benguét, Suguk, Apayao, Caraga, Misamis, Nueva Ecija, Gapan, Mambulao, Camarines Norte, Cebú, Pigtao, Pijlwan* y el *Caraballo*.

La isla más favorecida del precioso metal entre todas, es la grande de *Mindanao*, donde es tan abundante, que los naturales independientes se dedican á su acopio, sin otro trabajo que lavar las arenas, no tomándose en ello gran cuidado, y lo llevan en polvo en saquitos, ya á vender á las cabezas de partido, ya para sus compras ó apuestas en las riñas de gallos.

Este es uno de los principales elementos de los *igorrotos, montescos y tinguianes*, que se hallan aún en estado salvaje.

El oro de *Gapan*, el más puro que se conoce, es de 22 quilates.

M. Oudan, que habitó mucho tiempo entre las tribus salvajes de la isla de *Mindanao*, hablando su idioma y siguiendo sus costumbres, descubrió en las montañas de *Caraga* los primeros filones.

Ninguna mina se beneficia, sin embargo, y poquísimas son las que se benefician del hierro, que, según los experimentos practicados resulta ser de excelente calidad, sobre todo el que ofrece el suelo de *Nueva Vizcaya*, y la *Laguna*.

A flor de tierra se presenta en *Morón* y *Bulacán*, siendo en *Angat*, pueblo de esta última provincia, donde se benefició una mina que ofrecía 80 por 100 de interés, y que, sin saber por qué, hoy se encuentra en las inexpertas manos de un chino, que emplea sus extracciones en la fabricación de *bolos* (cuchillos) y *carahais* (sartenes).

El imán se encuentra con abundancia cerca de las minas de hierro; se han hallado buenos ejemplares de cobre en *Mindoro, Batangas* y la *Pampanga*, y no puede dudarse de la existencia del plomo, pues además de asegurarse haberlo hallado en las proximidades de *Bay*, subiendo el hermoso río *Bumbungán* en dirección á *Pangasinan*, entre *Navitac* y *Paete*, hay un manantial, llamado por los indios *Mabahong-tubig* (agua de olor fétido), que por su olor de hidrógeno sulfurado ha hecho creer, con sobrado fundamento, en la existencia de hidro sulfuro de plomo dentro de aquellos montes.

Magníficos ejemplares de hulla se han en-

contrado en *Albay*, y sobre esto llamamos la atención de nuestros lectores, pues de este asunto trataremos más adelante, así como de la cal, que hay mucha.

Cerrando la bahía de *Manila* se halla hermoso el monte de *Mariveles*, y en este monte se encuentran riquísimas canteras de mármol de colores diversos, y también del aprovechamiento de esta riqueza trataremos.

Agatas, jaspe, cornerinas, piedra de toque, cristal de roca, y estalactitas, aun cuando no con abundancia, se sabe existen, si bien no se ha llegado á la apreciación exacta por la falta de comunicaciones.

En isla de *Negros* hay magnesia, y aluminio calcinado en *Dauin*.

Muchas son las aguas termales y medicinales que surgen de aquel suelo, y en la imposibilidad de mencionarlas todas, con sus cualidades, una vez que su análisis sería larguísimo, haremos relación de las más principales.

Una de las que hasta hace pocos años han gozado de más fama, son las de *Antipolo*, á cuyo punto inmediato á *Manila*, acudían multitud de bañistas, atraídos por la bondad de las aguas unos, y los más, por la hermosura del sitio.

Pero hoy figuran en primera línea los baños de *Aguas Santas*, en el pueblo de *Los Baños* de la provincia de *La Laguna*, enclavados en la costa de la laguna de *Bay*; los sulfurosos de *Tibi* en la misma provincia, y sobre todo, los de *Sibul*.

Sibul, pueblo de la provincia de *Bulacan*, cuenta hoy con los más preciados baños entre los muchos preciosos que tiene el archipiélago.

Sibul ocupa una preciosa situación geográfica. Encerrado en un majestuoso marco de montañas, entre las que descuella soberbio el *Arayat*, su fértil suelo, aunque descuidado en las faenas agrícolas, tiene vistosas colinas y llanos exhuberantes de vegetación, frondosas arboledas, cristalinos arroyuelos, aves canoras y delicadas flores.

Sus notables aguas sulfúricas destilan ese olor propio del hidrógeno sulfurado á huevos podridos, son de baja temperatura y de sabor desagradable, sin embargo de que aseguran que terminan por ser agradables al paladar.

Los baños de *Sibul* han realizado curas maravillosas; pero apesar de haber presentado patentes muestras de su bondad desde hace muchos años, pues en 1846 el general *Clavería*, con algunos amigos pasó en *Sibul* una temporada, pudiendo apreciar en ellos mismos las ventajas curativas de los baños; y en 1854, llegó otra expedición entre la que figuraba un médico que hizo su análisis: los baños de *Sibul* van adquiriendo su merecida fama desde hace un par de años.

Ahora bien; si consideramos la inmensa riqueza que aquel privilegiado suelo ofrece al hombre como compensación del trabajo; pero de un trabajo, si ferviente y asiduo, menos penoso que en otros suelos, afanosamente perforados á merced de hipotéticas esperanzas, y consideramos á la vez que hay en aquel país, ya que hagamos caso omiso de los de la Península, grandes capitales empeñados en empresas más arriesgadas é ilusorias, y, por fin, que un pueblo que tiene sobradas condiciones para ser inmensamente rico, es relativamente pobre, habremos de confesarlos apáticos y poseídos de un criminal indiferentismo.

¿Tiene lógica explicación que resulte más económico para el consumo en *Manila*, el carbón de piedra importado de Europa, que la hulla extraída del vecino *Albay*?

Pues así es, y esto sólo obedece á la carencia de medios de transporte.

¿Tiene lógica explicación que después de haber emitido un favorable informe acerca de la superioridad de los carbones extraídos en las minas de *Cebú*, la comandancia de *Marina*, no los emplee en el consumo de la marina de guerra y mercante?

Pues así es, y esto sólo obedece... ¡más vale callarlo!

La dificultad de la falta de transportes impide también el aprovechamiento de la cal, habiendo necesidad de apelar, para las necesidades del consumo, á la calcinación de las conchas de ostras.

Hemos señalado anteriormente otra de las riquezas de aquel suelo, medio oculta en el monte de *Mariveles*.

Las canteras de variados mármoles.

¿Qué utilidad se saca de ellas?

Ninguna, absolutamente ninguna.

Se ven algunos ejemplares de esta piedra en varias iglesias, pero nada más, y como caso digno de tenerse en cuenta, hay el de un alcalde de *Bataan*, donde también se da el mármol, que anunció haber extraído grandes trozos sin que le fueran hechas proposiciones para su adquisición, ni encontrara quien le siguiera en la noble tarea de explotarlo.

¡Triste es ver muertos esos tesoros, que ya por la iniciativa oficial, ya por la particular, puestos en acción, redundarían en beneficio de la riqueza pública, que desgraciadamente en nuestra España bien lo há menester.

Lo repetimos, no es comprensible que haya capitales indiferentes, no ya al interés del esplendor patrio, sino á la idea del material interés de un 80 por 100.

(Se continuará.)

R. ORTÍZ Y BENEYTO.

LA CUERDA DE CAÑAMO

Novela original

(Continuación.)

—¿Con que no cede? ¡Ah, ya veremos! Si es preciso la encerraré á piedra y lodo para que ni vea ni oiga á ese hombre fatal.

—Duquesa, no la exaspere V., porque será peor. Cuando dos enamorados no pueden verse ni entenderse por ventana ó puerta, se ven por el tejado ó por el sótano. Ello es que se ven.

—Irá á un convento, lejos, muy lejos de aquí, y cuando menos lo piense.

—Señora, si V. no manda otra cosa, me retiro.

—Adios, Perez, y gracias por la molestia.

Preocupado con el conflicto que iban á ocasionar la tenacidad de la nieta y el carácter violento de la abuela, salió del palacio de los Duques pensando en el medio de evitarlo. Quería mucho á los abuelos y á la nieta para no sentir lo que sucedía y no tratar de impedir que los disgustos fuesen en aumento.

La Duquesa, en tanto, despues de un rato de meditación, exclamó:

—¡Ah! ¡Tal vez Clarita...!

Y puso el dedo en el timbre. Acudió un lacayo.

—¿Qué manda la señora?

—Vaya V. á casa de los señores de Mendoza, dígalos V. que les suplico dejen venir á Clarita á pasar el día con su amiga.

Un lance de honor

I

Entregado á las más profundas cavilaciones se encontraba Jaime, cuando la inesperada visita del Coronel Perez del Río vino á sorprenderle. Conocía al venerable militar de haberle visto y hablado alguna que otra vez en casa de los Duques, y aunque desde luego le había sido muy simpático, no hubo ocasión por la diferencia de edades, y porque sus amores absorbían por completo toda la atención del joven pintor, de que intimara con él. Recibióle con la mayor cordialidad, preguntándole á qué debía el honor de su visita.

El Coronel le manifestó con toda franqueza, y sin ambages ni rodeos, á lo que venía, porque creyó muy acertadamente que, dado el carácter de Jaime, era lo mejor que podía hacer para conseguir algún resultado, de ser esto posible, que lo dudaba mucho. Con la elocuencia de la verdad y el sentido práctico que le era propio, expuso la situación crítica y penosa en que colocaban á todos la firme é inquebrantable resolución de Isabel de no renunciar á su amor y la oposición de los Duques, fundada en preocupaciones de clase que, aun siendo preocupaciones, eran naturales, y por lo tanto, disculpables y compren-

sibles. Inevitable era el conflicto y consiguiente el escándalo por los recursos violentos que los enamorados tendrían que emplear para vencer la resistencia implacable y tenaz que al logro de sus propósitos encontrarían siempre. En este escándalo todos iban á perder. La reputación de Isabel padecería en el concepto de las gentes que, juzgando la cuestión, los más favorables á los amantes, desapasionadamente, no hallarían en la pasión de ambos jóvenes suficiente disculpa á procedimientos contrarios á las conveniencias sociales; y sobre todo, quien moralmente resultaría más perjudicado sería Jaime, porque siendo pobre é Isabel riquísima, humilde por su nacimiento él y de abolengo aristocrático ella, se atribuiría á móviles bastardos é interesados fines su conducta, y á los ojos de todo el mundo aparecería como un aventurero que por el escándalo y la seducción quería alcanzar una posición elevada. En esta parte de su breve discurso fué en la que más insistió el Coronel, recalando las palabras, convencido de que este argumento era el que más fuerza podría hacer en el ánimo de Jaime, por herir profundamente la dignidad, altivez y amor propio que constituían en su esencia la nobleza de su carácter.

—Hace tiempo que las injusticias del mundo con personas que me fueron muy queridas, me han enseñado á despreciar sus juicios y censuras. Me basta tener mi conciencia tranquila, que Isabel crea en lo desinteresado que es mi amor, y digan los demás todo lo que se les antoje. No he de retroceder yo cuando ella me da ejemplo de energía y resolución.

Convencido por estas palabras de que no había resorte alguno que se pudiera utilizar para alejar la tempestad que amenazaba de muerte la tranquilidad y concordia de los Duques de Campoverde y de su nieta, el Coronel Pérez del Río se disponía á despedirse de Jaime, pidiéndole mil perdones por su oficiosidad en haberle dado consejos no solicitados por él, cuando sonó un ruido campanillazo, y á poco, atropellando á Gorito, que le abrió la puerta de la escalera, entró violentamente en el estudio el Marqués de Riaza. Venía lívido y descompuesto.

Al verle entrar el Coronel trató de retirarse; pero Jaime le suplicó que no lo hiciera, diciéndole:

—Necesito un honrado testigo de lo que va á suceder aquí.

Buenas tardes, señor de Valls, necesito hablar con V. á solas—dijo el Marqués descubriéndose.

—No es esta la manera más propia en persona tan bien educada como el señor Marqués, de entrar en una casa honrada ni de pedir una entrevista. Por lo demás, puede V. decirme lo que quiere delante de este caballero, si es que no hay inconveniente en ello.

La razón que asistía á Jaime para hacer estas observaciones, dejó por un momento perplejo y confuso el Marqués; pero era tal la ira que rebosaba su corazón, de tal manera le habían hecho perder el tino las burlas y bromas de que acababa de ser objeto en el Casino por parte de sus amigos, con motivo de las calabazas que había recibido de Isabel, y de que ésta le hubiese pospuesto á un cualquiera, que bien pronto se repuso de su momentánea turbación y la cólera volvió á enseñorearse de él. Venía dispuesto á provocar á Jaime á un lance de honor. Quería matar ó morir. Aunque por su raquitismo corporal y por su educación superficial era un triste ejemplar de una raza en decadencia, había heredado el valor de sus nobles antepasados, y el ridículo en que se veía, estaba decidido á hacerle desaparecer con sangre de su rival.

—Está bien—dijo.—Lo que vengo á exigir de usted, lo que quiero decirle, cuantas más personas lo sepan, cuantos más testigos lo oigan, mejor.

—Amigo Riaza—le dijo afablemente el Coronel,—viene V. muy sobresaltado. Serénesse usted. La pasión es mala consejera. Las cuestiones cuanto más áridas, con más calma se han de tratar. En un instante de acaloramiento pueden llevarse á un terreno poco conveniente.

—Dispénseme V., Coronel; pero no estoy ahora para consejos. Permita V. que diga al señor don Jaime lo que aquí me trae.

—Ya escucho—dijo Valls con el mayor sosiego.

Los tres actores de esta escena estaban de pié.

—V. se ha atrevido á poner sus ojos en una señorita, que por su nacimiento, posición y clase está muy por encima de V...

—Mire V. lo que dice,—le interrumpió Jaime

con entonación enérgica, aunque reposadamente.

—¡Marqués! ¡Marqués! ¡Por Dios!—se apresuró á decir el Coronel, asustado de lo que veía venir, después de aquellas imprudentes y agresivas palabras del joven aristócrata.

—V. se ha atrevido, repito, á aspirar al amor de una señorita, cuya mano he solicitado con más derecho que V...

—Desde el momento en que ella me honró con su preferencia, no sé por qué se cree usted con más derecho á su mano que yo,—volvió á interrumpirle Jaime.

—Es V. un insolente, que por medios viles y rastroeros trata de robar una dote y de obtener el día de mañana un título nobiliario de que es usted indigno.

—Si no estuviera V. en mi casa, saldría ahora mismo por la ventana—exclamó Jaime ya encolerizado.

—Eso lo veríamos—replicó el Marqués.

El Coronel tuvo que interponerse entre los dos jóvenes para que no se llegasen á las manos.

—¡Por Dios, señores! ¿Están ustedes en su juicio? ¿Van ustedes á pelearse como dos mozos de cuerda?

—¡Uno de los dos ha de morir!—exclamó el Marqués en el colmo del furor.

—Sea.

—Aunque es honrarle á V., como no se merece, nos batiremos.

—Cuando V. guste.

—Mañana mismo. Dentro de una hora estarán aquí mis padrinos para que V. les diga con quién se han de entender. Hasta mañana, señor de Valls. Servidor de V., Coronel.

Y el Marqués salió del estudio y de la casa tan precipitadamente como había entrado. Hubo algunos instantes de silencio. Al Coronel le había impresionado muy desagradablemente la violenta escena que acaba de presenciar. La ligereza y el arrebató del Marqués le habían dejado mudo y estático de asombro. La situación se había complicado gravemente y de un modo inesperado. Jaime fué el primero que habló.

—Coronel, hé aquí una solución con la que usted no contaba.

—¡Bonita solución!—replicó el Sr. Pérez del Río.—Lo que es yo no la veo.

—Mañana desaparece el causante de estos disgustos,—continuó diciendo Jaime,—y todo acabó.

—¿Qué es lo que V. dice? ¿Piensa V. hacerse matar por el Marqués? ¿Sería un suicidio! ¡Eso fuera indigno de un hombre de su temple!—exclamó asustado el Coronel.

—¡Oh! ¡Suicidarme yo! ¡Qué tontería! Me ama Isabel mucho para que yo tenga en tan poco aprecio mi vida.

—Pues entonces... no comprendo...

—No he manejado un arma en mi vida, y el Marqués es un espadachín, según tengo entendido. Pero, créalo V., Coronel, haré todo lo posible porque no se salga con la suya. Tengo más puños y más serenidad que él, y lo que es si la suerte me ayuda un poco de dejarle con vida, se acordará de mí mientras viva,—dijo Jaime con mucho calor.

—¡Qué desgracia, hombre, qué desgracia! Es preciso ver el mejor modo de evitar...

—Lo que es eso, no, Coronel. De ningún modo. No lo toleraré.

—Está bien, está bien; como V. quiera. Y ahora, amigo mío, vea en qué puedo serle útil.

—Un favor muy grande he de merecer de usted.

—¿Y es?—preguntó el Coronel.

—Apenas tengo amigos... Dentro de una hora vendrán, como V. ha oído, los padrinos del Marqués... ¿Me haría V. el favor de entenderse con ellos en mi nombre?

—¡Hombre! Mi amistad con los Duques de Campoverde me coloca en una situación difícil para aceptar el encargo de V.

—Lo comprendo, y no insistiría; pero el único amigo con quien puedo contar, no sé si estará en su casa á estas horas. No quisiera que por mi causa se aplazara el lance.

El Coronel se quedó pensativo algunos segundos, y de pronto, levantando la cabeza con decidido ademán, alargó su mano al joven, que se la estrechó con efusión.

—Sucedá lo que sucedá—dijo el Coronel,—me tiene V. á su disposición.

—¡Oh, gracias! ¡Muchas gracias, señor Coronel!

Jaime escribió á su único amigo, que era el mismo que presentó al Duque y á Isabel en su estudio, suplicándole que viniese inmediatamente para un asunto urgentísimo, y envió la esque-

la con Gorito, á quien encargó le buscara, estuviera donde estuviera, y que se la entregara en propia mano.

No tardó en acudir el amigo de Jaime á la cita, y pocos momentos después, en unión del Coronel, concertaba las condiciones del duelo con los padrinos del Marqués. El desafío sería á pistola, y tendría lugar á las ocho de la mañana del siguiente día en un paraje solitario, más allá de las Ventas del Espíritu Santo, á la derecha del camino de Vicálvaro.

El Coronel, después de dar cuenta de lo convenido á Jaime y de recomendarle que procurara descansar aquella noche para tener el pulso tranquilo al día siguiente, se despidió de él y de su amigo y se retiró á su casa.

Iba diciendo para sí:

—Me metí á Redentor y me crucifican. ¡Diablo, diablo! ¡En buen berengenal me he metido! ¡Que siempre los enamorados han de traer trastornos hasta los que presumimos de sensatos! ¿Y quién se presenta ahora á la Duquesa? ¡Por vida del chápиро!

II

Isabel se puso á la mesa á instancias de Clarita. Desde el día en que principiaron sus disgustos con los Duques, comía en su cuarto sola y servida por su doncella; su abuela así lo había dispuesto. Sin apetito probó de alguno que otro plato por complacer á su amiga, que también comió poco, pero en cambio habló mucho, procurando con su alegre charla distraer de sus cavilaciones y penas á la desventurada Isabel.

Juana, después de traer un lindo servicio de té, se retiró á una indicación de su señorita que, disimulando mal su impaciencia y mirando á cada instante la hora que era en un reloj de pared, se sirvió té y empezó á tomarlo á pequeños sorbos, mientras Clarita, poco aficionada á infusiones azucaradas, se entretenía redoblando con sus rosados dedos en la mesa.

—Ahora que estamos solas—dijo con afectada y picaresca solemnidad Clarita—ha llegado el momento oportuno de echarle el sermón que, con este objeto, me ha repetido dos ó tres veces tu abuela, sin duda para que me le aprendiese de memoria.

E imitando la vez cascada y un tanto chillona de la Duquesa, con entonación de predicador de novena, la dirigió la siguiente filípica, que interrumpió á cada paso con graciosísimos apartes:

—Mentira parece que la ilustre sangre que corre por tus venas no se subleve al considerar el bajo empleo que tú, heredera de tantos gloriosos blasones, única descendiente de una nobilísima casa, quieres dar á tu corazón y á tu mano. ¿Nada te dicen... supongo que no... las severas efigies de tus antepasados... que son por cierto muy feos, y dispensa por lo de parientes tuyos... que tienes ocasión de contemplar en el salón de retratos? ¿No te horripila la idea de que te van á llamar la señora de Valls? ¿Qué dirás á tus hijos cuando te pregunten por el blason de su padre? ¿Les enseñarás la paleta y los pinceles? ¿Te tratarán con las señoras de los amigos y compañeros de tu marido, modelos que fueron muchas de ellas en París y en Roma? No faltará, de seguro, quien se figure que tú también lo has sido. No deja, en cierto modo, de ser una honra. ¡Haber contribuido á la realización de magníficas obras de arte, de verdaderas bellezas con la belleza propia! ¡Ahi es nada!

Y para hacer *pendant*, como dicen los pintores... Y ya ves que te hablo un lenguaje muy grato para ti... Para hacer *pendant* voy á recordarte las ventajas que te proporcionaría tu enlace con el Marqués. Si te casas con él, vuestros hijos á los muchos cuarteles de tu blason, unirán el caldero de oro en campo azul y los siete aguileños de plata en campo de gules de tu ilustre marido. Tú misma al título de Duquesa de Campoverde unirás el de Marquesa de Riaza. ¿Y te sonries? ¿Es posible que hayas olvidado que eres de sangre azul hasta el punto de tomar á chacota blasones y cuarteles?

En efecto; Isabel no había podido menos de sonreírse al oír tan extravagante discurso.

—Ya he cumplido mi palabra á la Duquesa—continuó diciendo Clarita con la precipitación y agilidad de lengua en ella habituales.—Puedo jurarla que te he hecho todas las reflexiones que me encargó te hiciera, más otras de mi caletre no menos profundas... ¡Si ella supiera la intervención que he tenido en estas cosas! ¡Qué horror! Ahora vas á satisfacer mi curiosidad. ¿Cómo te arreglas para burlar la vigilancia de tu abuela y estar en correspondencia diaria con Jaime?

—Muy fácilmente. A Jaime le hace los recados un hijo de la portera de su casa. Como es tan bueno, un día se encontró llorando á Gorito, que así se llama el muchacho. Su madre le había pegado... Llenaba de garrapatos las paredes, diciendo que pintaba cuadros como el señorito Jaime. Este se compadeció de él, le tomó á su servicio y empezó á darle lecciones de dibujo. El muchacho está loco de contento. Se dejaría matar por él. Si por fuerza, todo el que le trate con alguna intimidad, tiene que quererle...

—Bueno, sí. No lo niego. Jaime es un santo digno de que le canonicen en vida. Pero no me dices...

—Cuando empezaron mis relaciones con Jaime, Gorito, que es un diablillo, se hizo amigo de un lacayo de casa y venía á verle á la portera. Juana bajaba con un pretexto cualquiera, y sin ser vista de nadie, recogía la carta de Jaime y daba la mía.

—¿Pero y ahora que la Duquesa no deja que Juana salga ni baje para nada?

Iba á contestar Isabel á la pregunta de su amiga, cuando entró Juana muy azorada, diciendo:

—¡Señorita! ¡Señorita!

—¿Qué ocurre, Juana?

—No sé cómo decirselo... Una mala noticia.

—¡Habla por Dios!

—El Marqués ha desafiado al señorito Jaime.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Por dónde lo ha sabido V.?—preguntaron casi al mismo tiempo las dos amigas.

—Por Gorito. Le oí cantar como de costumbre para avisarme de su llegada. Tenía yo la ventana abierta. Encendió luz y tiró esta carta arrollada á una piedra.

—Trae—dijo Isabel,—y arrebatándosela de las manos empezó á leer con ansiedad:

«Isabel: Graves ocupaciones me obligan á ser hoy muy lacónico, y tal vez mañana me impidan escribirte. Tuyo,

JAIME.»

—Ahí no dice nada—dijo Clarita.

—Pero... ¿y esas graves ocupaciones?—replicó Isabel muy sobresaltada.

—Vamos á ver, Juana, ¿qué es lo que le ha dicho á V. ese muchacho?—preguntó Clarita á la doncella.

—Verá V. Cuando me acerqué á la ventana para recoger del suelo la carta, oí que me llamaba muy quedito para que no lo oyese nadie más que yo. Me asomé y me dijo: «Juana, no se lo digas á la señorita, el señorito y el Marqués se han desafiado.»

—Y V. lo ha hecho así, al pié de la letra—observó Clarita dando á entender su disgusto por la indiscreción de Juana.

—¿Y no te dijo más?—preguntó Isabel con el mayor afán.

—No le di tiempo, porque enseguida me vine corriendo.

—¿Y se habrá marchado ya?—dijo Clarita.

—No. Espera como todas las noches la contestación de la señorita á la carta de su amo.

—Quisiera hablarle—dijo Isabel con tono resuelto.

—¿Y cómo, señorita? Para ir á mi cuarto hay que atravesar toda la casa y enseguida se enteraría la señora.

—Mire V., Juana, mientras su señorita escribe, entérese V. bien de todos los pormenores; de dónde, cómo y por qué es el desafío. En una palabra, que Gorito le diga á V. cuanto sepa.

Juana se fué. Isabel, que se había puesto de pié, empezó á recorrer la estancia con precipitados pasos y presa de la mayor agitación.

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué desgraciada soy!—exclamaba entrelazando las manos como si fuera á rezar.

—Isabel, ten calma... Pueden ser cosas de Juana que haya entendido mal... Mientras no te enteres bien, ¿á qué alarmarte de ese modo?—dijo Clarita para tranquilizarla.

—¡Ah! ¡No, Clarita!... ¡Es cierto!... ¡No lo dudes!... Todo lo que sea desdicha es cierto, tratándose de mí.

—¿Y vas á conseguir algo con ponerte así? En vez de perder el tiempo en exclamaciones inútiles, escríbele; dile que estás muy alarmada, que deseas saber qué ocupaciones graves son esas á que se refiere en su carta.

Isabel se dirigió á un maqueado escritorio que había en un ángulo del gabinete. Intentó abrirlo, pero le temblaba el pulso de tal modo, que no pudo. Clarita tuvo que ir en su ayuda. Abrió, la acercó una silla, la buscó el papel, se lo puso delante, la alcanzó la pluma, porque su obre amiga estaba tan aturdida, que no encon-

traba nada de lo que tenía al alcance de su mano.

Tal era la excitación nerviosa de Isabel; tan convulsa estaba, que en vano intentó escribir; no le era posible.

—¡Pero, Isabel!... ¡Serénate!... ¿Estás mala? ¡Voy á llamar!—exclamó Clarita muy asustada, y se dirigió hácia la puerta.

—¡No, Clarita! ¡No llames á nadie! ¡Por Dios y la Virgen te lo suplico! Ya se me pasará.

—Trae la pluma. Yo escribiré por tí... y le diré...

—No, Clarita. Haré un esfuerzo... Quiero escribirle yo—dijo Isabel resistiéndose á cederla el sitio y la pluma.—Y haciendo un esfuerzo, escribió:

«Jaime: Tu carta me ha dado el mayor susto del mundo. Dime enseguida qué graves ocupaciones son esas, y, sobre todo, por mi amor te ruego que no dejes de escribir mañana á tu enamorada,

ISABEL.»

Apenas concluyó tan brevisima esquela, en la que lo desigual de los trazos y lo torcido de los renglones, decían con más elocuencia que aquellas sentidas frases el estado de ánimo de Isabel: la dió á la infeliz un ligero vahido. La pluma se le cayó de la mano, y ella misma hubiera caído al suelo á no apoyarse en su amiga, que acudió presurosa á sostenerla, exclamando:

—¿Qué tienes, Isabel? Que quieras que no, voy á llamar para que avisen al médico que venga á escape.

—No, si no es nada... Ya se me pasó. ¿Ves?—dijo Isabel procurando sonreirse.—Estaba pálida como una muerta.

—No trates de disimularlo, porque es en vano. Tú no estás buena, y lo mejor será...

—Ya está aquí Juana—la interrumpió Isabel poniéndose en pié y yendo al encuentro de su doncella.—¿Qué te ha dicho? ¿Es cierto que se baten?

—Se baten mañana y muy temprano, porque el señorito Jaime, que ya se ha acostado, ha encargado á Gorito que le llame á las seis en punto.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Isabel.

—¿Y por qué es?—preguntó Clarita.

—Dice Gorito que su amo estaba con un señor de edad, muy serio él, cuando el Marqués llamó con tal fuerza, que por poco rompió el cordón de la campanilla. A Gorito que le abrió la puerta, le atropelló sin darle tiempo para preguntarle qué quería; entró en el estudio como una bomba, y empezó á insultar al señorito Jaime. Si no es por el otro señor, se pegan.

—Dice Gorito que los dos le llamaban Coronel.

—¡Ah, vamos! Sería el Sr. Perez del Rio. ¿Á qué habria ido allí?

—¿Y qué más?—preguntó Isabel que estaba suspensa de lo que decía Juana.

—Nada. Que se desafiaron y se marchó el Marqués. Y luego vinieron dos señores y hablaron con el Coronel y con un amigo del señorito.

FRANCISCO MARTÍN ARRÚE

REVISTA DE MADRID

Y vino San Isidro—¿cómo no había de venir si los madrileños le esperan con tanta ansia, que si se retardase un solo día, enviarían por él al mismo cielo!—y abrió la puerta de su ermita para que el pueblo entrase en ella, la llenase con la masa vistosa de sus ropas multicolores, la alfombrase con sus limosnas y la animara con el eco de su alegría bulliciosa. Tornó á correr el agua de la fuente que abrió en mitad del cerro aquella

ahijada tan divina
como el milagro lo enseña

que dice la copla; y tornaron á atracarse de ella los romeros con más deseos de ponerse enfermos, que propósitos de curarse, á juzgar por el ansia con que bebían. Salieron á relucir los tenderetes de todos los años, las rosquillas de todos los santos patronos, los juguetes de todas las fiestas populares, y se expusieron en correcta formación á lo largo del polvoroso camino todos los casos teratológicos de la Península é islas adyacentes, hombres inverosímiles, porciones de mujer, pedazos insignificantes de niños, que más que otra cosa, parecen pretextos á que se coge la vida para no perderse en el silencio y el vacío de la muerte.

Hubo en la Pradera lo que hay de sobra en todas las fiestas genuinamente populares: gente alegre y poco cuidadosa del mañana, alegre á más no poder y entregada por completo á la celebración del momento presente, como si el que le sigue no le aguardase á su vez para tomar turno y repetir iguales exigencias. Un día

radiante, un espacio sin nubes, mujeres hermosas que en sus miradas despiden efluvios misteriosos de locura, guitarras que lloran, gaitas que se quejan, pianos que cantan, violines que rechinan, produciendo sonidos des-acordes, el tamboril que llama las gentes al Tío Vivo, y el timbal que las atrae á los grandes barracones donde se exhiben fieras que parecen naturales, vistas cosmográficas del infierno, reproducciones de los últimos terremotos, y otras muchas copias de sucesos terribles que ponen de punta los cabellos al palurdo más indiferente de los que cruzan la Pradera. Volvieron á reproducirse en la imaginación los pasajes todos de esa leyenda tan sentida, cuyo protagonista es el Santo labrador, santo español si los hay, español por los cuatro costados, que dejaba el trabajo por la oración, y que á no ser por la ayuda que los ángeles le prestaban, más de una vez hubiera quedado sin pan por no perder una hora de sus rezos.

Y el pozo volvió á elevar sus aguas para devolver á sus padres el niño que lloraban como perdido, la corriente cristalina volvió á brotar del árido campo, para calmar la sed de Iván de Vargas. La gente entraba y salía con grandes apreturas en la reducida ermita, y la campana, sonando vocinglera en su recinto estrecho, publicaba la fama y los milagros del santo patrono de Madrid, que está allí, en la hornacina que le resguarda, con la mano derecha sobre el pecho, la izquierda sosteniendo la hijada, símbolo del trabajo, alto el rostro y la vista puesta en el cielo, como si sumergido en un éxtasis de amor, sostuviera una plática con la divinidad.

Este año, el tiempo ha favorecido á los romeros. Ni una nube ha empañado con su masa amenazadora la limpidez del horizonte. El aire fresco que bajaba del Guadarrama, robaba fuerza á los rayos del sol primaveral. Esta vez el Santo puede fiar tranquilo en el amor que los madrileños le profesan. No llegará á sus oídos el eco de ninguna imprecación; no rebotará sobre su cuerpo piedra ninguna de las que otros años le envían los vendedores perjudicados en sus intereses por una lluvia inoportuna ó por un chaparrón intempestivo... Dato de apuntarse y ser tenido muy en cuenta por los que hablen y piensen acerca del estado religioso de nuestro pueblo digno.

Trátase del santo patrono, del santo labrador, trabajador, honradote á carta cabal, que sólo por su virtud se elevó hasta los altares; el pueblo, identificado con él durante toda su vida, lo estuvo también, después de su muerte tanto que antes que la Iglesia pensara canonizarle le canonizó él y le dió culto, prejuzgando así la decisión de los pontífices. Su día es de alegría universal; su fiesta, ceremonia á que ningún madrileño niega su concurso, y, sin embargo, apenas cree perjudicados sus intereses, vuélvese odio contra el santo lo que era amor, y amor ferviente, y devoción y culto; la oración se detiene en los labios, y se cambia en imprecación soberbia; la gente se amotina, se rebela, quiere arrojar del ara el santo que ella misma elevó sobre el altar, y ruje irritada porque la imagen, aunque rota y hecha pedazos, se mantiene dentro de su hornacina. Un soplo de viento, un poco de vapor de agua condensado en la atmósfera y disuelto después en lluvia, basta á producir cambio tan radical en sus ideas, en sus sentimientos. Salta el aire á otro cuadrante, sécase la tierra húmeda, el viento arrastra la nube que formó, torna á brillar el sol, y otra vez los enemigos vuelven á ser adoradores, otra vez vuelven á doblar la rodilla, á inclinar la cabeza penitente y á repetir el himno de alabanza. ¿Qué sentimiento religioso es éste, tan cambiante, tan tornado? ¿Qué idea se forma el pueblo de los santos á quienes adora y del culto que les da? ¿Cómo explicar tamaña aberración, que no es peculiar á este caso concreto, sino que se extiende á otras localidades españolas como Andalucía, donde las muchachas meten dentro de un pozo la imagen de San Antonio, el santo casamentero, para exigir de él que las proporcione cuanto antes el marido que necesitan, y Castilla ó Aragón, etc., donde los campesinos sumergen en el agua las imágenes de sus santos, creyendo que así conseguirán por malas los que no pueden obtener por buenas, la lluvia que á sus campos hace falta? ¿Habrá que buscar la razón de esta sinrazón en el fondo de las civilizaciones pretéritas, en esos pueblos atrasados que, según dicen los viajeros más dignos de crédito, abandonan sus dioses cuando han sido vencidos en una campaña y adoptan otros que creen más poderosos que aquellos que tenían?

Sea de esto lo que quiera, que el problema es árduo y no para resuelto en esta crónica, lo cierto es que, por este año, el santo se ha librado de la pedrea, gracias á la bondad del tiempo, y los romeros han podido discurrir tranquilamente por los altos y bajos de la Pradera.

Y á fe que el paisaje es hermoso, y bien vale la pena de recrearse en él. Vastas llanuras ondulantes, tapizadas de césped, por entre cuyas hojas pequeñísimas se arrastran las hormigas y zumban revoloteando los insectos; por mucho que la vista se extienda, se extiende más el llano, hasta perderse en el horizonte, confundiendo en una línea imperceptible con el manto del

cielo. A un lado el Guadarrama, accidentando el terreno con sus faldas azules, dominándole con sus cumbres coronadas de nieve más blanca que la piel del armiño, y destacándose en ese grupo de montañas los famosos siete picos, enhiestos los unos al lado de los otros como fieles compañeros que caminan juntos y juntos se detienen sin separarse un momento, cual gente apercebida para la defensa. Enfrente Madrid, con las largas hileras de sus casas sentadas en los cerros sobre los cuales está fundada la villa, con las líneas tortuosas que marcan la dirección de sus calles: sus torres erizadas de pararrayos que le dan aspecto de corona; sus tejados multicolores que reflejan con vivos cambiantes la luz de un sol de primavera, sus vastos edificios que cubren porción inmensa de terreno, sus templos de empizarrada cúpula, cubijada bajo la cruz del Redentor. Abajo la multitud que ríe y canta, y grita y vocifera, los instrumentos desacordes que producen chirridos inarmónicos, el *Tío Vivo* que gira sin cesar en interminable rueda, el columpio que alternativamente parece alzarse al cielo y hundirse en el abismo; la montaña rusa que sube y baja sin cesar, movimientos de locura, saltos y contorsiones de antropoideos, reinado de la alegría más desbordada, ausencia de razón, eclipse momentáneo del entendimiento.

Y á un lado y otro del paisaje, semejante á dos troncos que en el bosque sostienen la cuerda en que unos niños se columpian, esos dos puntos sombríos y mudos que con su silencio parecen protestar contra el júbilo y la alegría universales: el cementerio de San Isidro y el cementerio general del Sur. Del uno al otro se extiende la pradera. El que no pasa por el primero, forzosamente pasará por el segundo, si no es rumboso y va por el pontón. A la ida ó á la vuelta, aquí y éste esperan al que pasa como para recordarle su destino, lanzándole al rostro las sentencias aterradoras que el misticismo religioso grabó en gruesos caracteres sobre las puertas de entrada: *Aquí vendrás á parar*, dice uno de esos letreros; *Bienaventurados los que mueren en el Señor*, añade el otro, haciendo lucir un débil rayo de esperanza en las tinieblas de la noche eterna. Y las dos sentencias tienen el laconismo horrible del *Mane, Thecel, Phares*, de Baltasar, la frialdad desoladora de aquella frase más horri-

ble todavía, que leyó el Dante en la puerta del infierno: *Dejad toda esperanza*.

Pero los que van á San Isidro no se fijan ni se detienen en tan poco. Están allí para gozar y divertirse, y gozan y se divierten cuanto pueden. Mascan *torraos*, beben del agua milagrosa, se atracan de rosquillas, echan un baile, dan una vuelta en el Tío Vivo, unos cuantos tumbos en el columpio, ven los fenómenos expuestos en las barracas, dan ó reciben alguno que otro timo, pegan alguna que otra puñalada, toman alguna que otra borrachera y vuélvense luego tan campantes, dándoseles un ardite de aquellos fúnebres avisos, y cantando sus coplas más vivarachas y traviesas, al pasar por delante de los recintos mortuorios.

Y, sin embargo, pasa el tiempo, con el tiempo los años, con los años los romeros, con los romeros pasará también la romería. Lo que no pasará, lo que quedará siempre, serán esos anuncios terribles, esas profecías siniestras, constantemente realizadas.

Las carreras de caballos verificadas estos días, han estado ni más ni menos concurridas que las anteriores. Los mismos caballos, las mismas cuadras, idénticas apuestas, un público no muy entusiasta como espectador, y unos cuantos nobles, los de siempre, luciendo trenes más ó menos vistosos. El espectáculo no arraiga entre nosotros. La gente, que va sin apresuramiento á presenciar el desfile, no echa de menos la diversión en el largo espacio de tiempo que media entre las reuniones periódicas de la sociedad. Es seguro que si abandonando el pensamiento se dedicase el Hipódromo á otros fines, pocos preguntarían lo que había sido de esa diversión aristocrática á que el pueblo no concede su concurso.

Y este concurso es decisivo, indispensable. Fiesta sin pueblo es imposible, porque es absurda. La fiesta necesita animación, bullicio, vida, y unos cuantos personajes que se divierten solos empiezan por distraerse, pero acaban por aburrirse. Una leyenda cristiana pinta admirablemente esta necesidad de calor de pueblo que siente toda idea. Un día que San Antonio fué á predicar á los gentiles, se halló con que todos ellos

le volvieron la espalda sin que ninguno le escuchase. Entonces el santo se retiró á la orilla del mar, llamó á los peces para que acudieran á oír la palabra divina; los peces acudieron, y solo cuando los tuvo allí, prosiguió el santo su predicación interrumpida.

Hasta ahora los prolijos afaes de los que quieran implantar en España las carreras de caballos son esfuerzos perdidos, voces que no repite el eco. Las carreras se parecen á esas mujeres ni feas ni guapas, ni torpes ni graciosas, que ni son antipáticas ni tienen *angel* y que pasan por la vida sin excitar un movimiento repulsivo ni un movimiento de adhesión. No tienen defectos, no poseen perfecciones; nadie las puede odiar por repugnantes ni quererlas por bonitas, pero no se casan nunca.

Y mueren, y pasan por el mundo infecundas, estériles, sin haber despertado un afecto, sin haber producido nada, sin dejar huella ninguna de su paso ni en el hogar ni en la plaza pública.

Las carreras de caballos vivirán lo que sus patrocinadores quieran que vivan; pero la vida que arrastran está lejos de ser próspera y feliz.

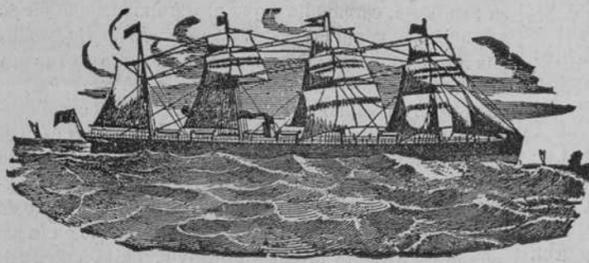
La presencia de los forasteros en Madrid produce en los teatros ese periódico movimiento de galvanización, que alguien podría tomar por signo de vitalidad. Las compañías componen funciones monstruosas para los forasteros, como decía la otra noche *La Correspondencia* en su estilo expresivo y pintoresco, y sombreros de veludillo y zagalejos colorados ocupan las localidades que hace algunos meses hubieran extrañado tal clase de público. El Circo, muy concurrido, los clowns muy celebrados, las *ecuyeres* muy admiradas. Ese público *sui generis* es un público bonachón, muy fácil de satisfacer; lo aplaude todo, lo ríe todo, lo celebra todo. Es un público de niños asistiendo por primera vez á la representación de una comedia de magia.

Porque para ese público todas las comedias son de magia y los actores tienen algo de demonios.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Imprenta de EL PROGRESO
á cargo de B. Lanchares, Saleses, 2, duplicado.

ANUNCIOS



SERVICIOS
DE LA
COMPAÑIA TRASATLANTICA
DE BARCELONA
VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA
con escala y extensión á las Palmas,
Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacifico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 21, para Puerto-Rico y Habana. Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

VIAJES DEL MES DE MAYO

El 30, de Cádiz Ciudad de Santander.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebu

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º, fijejante de cada mes.

El vapor *Reina Mercedes* saldrá de Barcelona el 1.º de Junio

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*, y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larrinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

EL PROGRESO EN 1885

QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tomoño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le favorece.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen.

LA REFORMA AGRÍCOLA

Periódico quincenal de intereses materiales. Se regula á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las *Oficinas de Cultivos de La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

BIBLIOTECA FOLK-LORICA

A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES
SEVILLA Rvn.

1.º *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, escritas por todos nuestros mitógrafos y folk-loristas. (En los primeros volúmenes se publican: «Colecciones de caentos, Fiestas y costumbres. Supersticiones y mitos, Folk lore de Madrid, Juegos infantiles, Folk-lore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en bonitos tomos de 300 páginas, algunos ilustrados con grabados. Precio de tomo para el suscriptor..... 16

COLÓN EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS. Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados 1, administrador de la obra.

GERMINAL

HIJA LEGITIMA Y EN DOS TOMOS

DE
E. ZOLA

Se compromete á hacer pasar á V. agradables ratos por 6 pesetas.

Librería de *El Cosmos editorial*, Montera, 21

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO
DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Unica obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuardenos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen, 13